86D248 I24
Columbia University 2
in the City of New York
LIBRARY

Gift of
President
Nicholas Murray Butler
1924

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES

This book is due on the date indicated below, or at the expiration of a definite period after the date of borrowing, as provided by the library rules or by special arrangement with the Librarian in charge.

DATE BORROWED	DATE DUE	DATE BORROWED	DATE DUE
	11 Ap'47		
	AUG 6 '47		
	25Ag'47		
	MAR - 1 '48		
	AUG 20 '51		
	DEC 17 1951		
	FEB 14 '52		

C28(946)M100

BIBLIOTECA "RUBÉN DARÍO"
JOSÉ VILLACASTÍN
VILLAREJO DEL VALLE
AVILA
(España)

POEMAS DE JUVENTUD

RUBÉN DARÍO

OBRAS COMPLETAS

ORDENADAS Y PROLOGADAS POR

Alberto Ghiraldo y Andrés González-Blanco

VOLUMEN II

POEMAS DE JUVENTUD

MADRID

1923

86 D 248
I 24

v. 2

Es propiedad de la BIBLIOTECA RUBÉN DARÍO
Prohibida la reproducción y traducción.
Queda hecho el depósito que marca la ley en España y América

Gift 7
President N. M. Butler
4-11-24

Será clandestino todo ejemplar que no vaya sellado.

Ruben Dario Sanchez

TALLERES TIPOGRÁFICOS "EL DÍA DE CUENCA,,—1923

EL LIBRO

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza; y para que así fuera, lo hizo creador como El. La creación del hombre es el Libro; el Libro, está hecho a imagen y semejanza del hombre; el Libro tiene vida; el Libro es un ser.

I. DE CASTRO Y SERRANO.

I

Ven a mí, musa querida;
mi lira dame: levanta
y únete a mi voz, y canta
la humanidad redimida.
Redimida con la vida;
no con Gólgota ni Cruz,
ni martirios de Jesús;
sino con la fuerza inmensa...
fuerza que bulle y que piensa.
¡Con el libro, que es la luz!..

II

¡La luz! La luz infinita,
que en sus misterios comprende
el espíritu que asciende,
el átomo que se agita.
A cuya influencia bendita,
a cuyo celeste nombre,
aunque mi palabra asombre,
envuelto en su esencia pura,
baja Dios desde su altura
a divinizar al hombre.

III

La luz: el germen perfecto,
que, cual un sagrado emblema,
ciñe en forma de diadema
la sien del gran Arquitecto...
que alumbra, desde el insecto
que de polvo pareciera,
hasta el sol que reverbera
su luz en iris radiantes,
y forma anillos brillantes
al ir girando en la esfera.

IV

Y ¿qué es el libro? Es la luz;
es el bien, la redención,
la brújula de Colón,

la palabra de Jesús.
Base y sostén de la Cruz;
las frases de Cormenín,
acentos de Girardín,
la comedia de Molière,
carcajadas de Voltaire,
consejos de Aimé-Martín.

V

Principio que alienta ufano;
destello del sér divino;
ley eterna del destino
que gobierna al sér humano.
Guía al mortal soberano
en alas de la razón;
quien volando a otra región
contempla a Dios frente a frente
con la pupila y la lente
de Camilo Flamarión.

VI

¿Oís una inmensa voz
que va rasgando las nubes
y que escuchan los querubes?
¡Es que está leyendo Dios!
¿Conocéis su libro vos,
orgullosa humanidad?

Lo estáis mirando en verdad
al brillo del pensamiento:
pero escuchad un momento,
que os lo mostraré: ¡callad!

VII

¿Veis esa azulada esfera
do las luces se desbordan,
y de mil colores bordan
los astros en su carrera?
¿Veis la florida pradera
con aves de hermosas plumas
y vagas, flotantes plumas
que los arbustos oprimen,
y mil arroyos que gimen
con algas, peces y espumas?..

VIII

¿Miráis los altos volcanes
que con lava en rojos tumbos,
con sus ecos y retumbos,
remedan los huracanes
en misteriosos afanes?
El trueno que sordo muge,
la hinchada tromba que ruge,
y los espacios atruena,
y el «simoun» que arrastra arena
con su poderoso empuje?

IX

¿Veis la hirviente catarata
que entre zarzas y entre breñas,
azota las duras peñas
con sus espumas de plata?....
¿Y que ruge y se desata
en ondas que se evaporan
y los rayos del sol doran,
y en el aire se deslíen
y al ir rodando sonríen
y al evaporarse lloran?

X

¿Miráis en la verde loma,
como símbolo de amores
escondido entre las flores
el nido de la paloma...
que cuando la aurora asoma
dorando la faz del cielo,
llena de sublime anhelo
entre callados murmullos,
colma de blandos arrullos
al tiernecito polluelo?....

XI

¿Miráis en noche serena
reflejarse en la laguna
la blanca luz de la luna,
de melancolía llena?

¿Veis la nítida azucena?....
¿Escucháis el murmurío,
el eco dulce y sombrío
que modulan confundidas
náyades adormecidas
sobre las linfas del río?

XII

¿Veis los cometas radiantes
que van a surcar la esfera
tendiendo su cabellera
de penachos rutilantes,
soles inmensos, errantes,
cuya reluciente llama,
por los espacios derrama
de chispas rojo torrente,
que de los cielos la frente
con sus fulgores inflama?....

XIII

¿Oís el quejido tierno,
del Favonio dulce y blando,
que pasa y va murmurando
en las mañanas de invierno?
¿Oís el idilio eterno
de las auras a la flor,
los trinos del ruiseñor,
el enamorado beso?....
Pues todo eso... todo eso,
es el Libro del Señor.

XIV

Y era el caos negro, oscuro;
que por doquiera reinaba.
Solo Dios en lo alto estaba,
como un espíritu puro;
y de nieblas denso muro,
que hubiera luz impedía;
mas con celeste ufanía,
su libro inmenso abrió Dios,
y a los ecos de su voz,
nació la lumbre del día.

XV

Lleno de astros el espacio,
iba en andas de dulzura,
a besar la vestidura
del Señor, que en su palacio
de nácar y de topacio,
se recreaba en mirar,
de la montaña y el mar,
los átomos impalpables
que en giros interminables,
no cesaban de rodar.

XVI

E iban los orbes pasando,
y si a Jehová se acercaban,
se inclinaban; se inclinaban,
y los pies le iban besando.
Dios estaba contemplando

sus reverentes caricias,
y dos lágrimas propicias
por sus mejillas corrieron,
y en las páginas cayeron
de aquel libro de delicias.

XVII

Y de esas lágrimas bellas
brotaron notas hermosas,
y unas se volvieron rosas,
y otras volviéronse estrellas;
y después emergió de ellas
una eterna melodía;
y en aquel supremo día,
fué de Dios en remembranza,
cada acento una alabanza:
cada átomo una armonía.

XVIII

Después, sonrióse el Señor;
cerró aquel libro de encantos,
y envolvióle con el manto
de su divinal amor.
El mundo con su esplendor,
siguió rodando y rodando,
y mientras iba girando,
con rápido movimiento,
el fuego del pensamiento,
al hombre estaba quemando.

XIX

El hombre, que entre las flores
que el llanto de Dios formara
en un suspiro brotara
coronado de fulgores.
El hombre, a quien sus amores
diera Dios en aquél día:
el que admirado veía
cómo el rayo serpentea,
el incendio de la idea,
dentro el cerebro sentía.

XX

Su existencia al contemplar,
aquel incendio al sufrir,
sintió el corazón latir
y el hombre empezó a llorar.
Los cielos tornó a mirar
con el alma confundida,
y con voz enternecida,
luz pidió al poder divino,
y vió escrito su destino,
en el libro de la vida.

XXI

Trabajo, luz, pensamiento,
libertad, razón, amor,
lucha sin igual, valor,

expansión y sentimiento;
esperanza y ardimiento;
lo terreno y lo infinito...
Religión, creencia, mito,
lo comprensible, el arcano...
Tal es el conjunto humano,
y así el hombre lo vió escrito.

XXII

Allá está... ¡Cómo recrea
el alma y el corazón,
la ardiente imaginación
de la bella musa hebrea!
En su interior, pinta y crea
un recio Voto que zumba:
un Sinaí que retumba,
una tormenta que crece,
que parece... que parece...
que ya el orbe se derrumba.

XXIII

Mil luces que se derraman,
relámpagos que serpean,
y que, ardiendo, centellean,
mientras huracanes braman.
Nubes negras que se inflaman,
onda de aire que palpita,
un pueblo que cae, se agita,

lleno de gran timidez,
y un Dios que entrega a Moisés
una ley en piedra escrita.

XXIV

¡Allí está el libro! De ahí
brotan rayos y centellas,
tan fulgentes como aquellas
que brotara el Sinaí.
Ved lo que está escrito allí:
es raudal de pensamientos,
guía de los sentimientos,
cautiverio del deseo,
código del pueblo hebreo,
y son los diez mandamientos.

XXV

Aquí está el libro: mirad
con un fulgor nunca visto,
y por la boca de Cristo,
predica la libertad.
Escucha la humanidad,
olvida penas y agravios,
oyen atentos los sabios,
y el mundo absorbe en su seno,
sermones del Nazareno;
parábolas de sus labios.

XXVI

Vedle aquí: ¿quién es aquel
pobre manco desvalido,
de todos desconocido,
pero a su patria tan fiel?
Quién es digo: ¿quién es él?
Y dicen ecos vibrantes
de mil pechos arrogantes,
respondiendo con agrado:
Es el libro disfrazado
de Don Miguel de Cervantes.

XXVII

Aquí nos dá una sonrisa
un canto de tierno bardo;
las caricias de Abelardo,
con los besos de Eloisa.
Aquí confunde y hechiza,
muestra el amante deseo;
aquí en sublime recreo,
sus bellezas admiramos,
y estrechados contemplamos
a Julieta y a Romeo.

XXVIII

Nos hace amar y creer;
sus frases al pecho van:
si Pablo y Virginia están

en el alma de Saint-Pierre;
mansiones hace entrever
de encantos y de alegría,
y con la eterna armonía
de la dicha y el consuelo,
nos trae mensajes del cielo,
Jorge Isaac con su «María».

XXIX

Resuena clarín guerrero
al par que amoroso idilio,
con el arpa de Virgilio
la épica trompa de Homero.
Aquí nos muestra el sendero
de regiones inefables,
de goces interminables;
y regenerando vidas,
las páginas encendidas
surgen de «Los Miserables».

XXX

Ya nos brinda con Renan
una vida de Jesús;
ya nos envuelve en su luz
la palabra de Laurent;
ya enseña con Pelletán
mil torrentes de verdad.

Ya predica la igualdad,
y odio al autócrata, al Rey,
con las tablas de la ley,
de la nueva libertad.

XXXI

Ora golpea la frente
del tirano en forma varia,
ya es rayo, «Catilinaria»,
hija de un pecho valiente.
Ya con vislumbre fulgente,
elévase en sacro ardor,
ya canta el más puro amor,
o ya por el mundo esparce
poemas de Núñez de Arce;
«Doloras» de Campoamor.

XXXII

El libro es de la razón
áncora pura y divina;
«Quos que tandem Catilina»
en boca de Cicerón;
del eterno emanación,
sol cuya luz reverbera,
cada página hechicera
nos da con su poderío
los ardores del estío;
los lirios de primavera.

XXXIII

El libro es, ¡oh genio humano!
ese torrente de flores,
de luces y de colores
del orador gaditano;
es el númen soberano,
es la fantasía hermosa,
nota emanadora, ansiosa,
del poeta que está amando,
trova a su esposa narrando
«Cuentos de color de rosa».

XXXIV

El hijo de la tormenta,
aquel que enferma y delira,
y pulsa su ardiente lira
cuando la nube revienta;
Byron, cuya alma violenta,
sufría angustioso afán,
es el libro, y allá están
los que yo juzgar no puedo:
relámpagos de «Manfredo»
tempestades de «Don Juan».

XXXV

El ciego que, entristecido,
tiene su gran corazón,

aquel que canta «Sión»,
y «El paraíso perdido»:
el que escuchó con su oído
la armonía del Edén,
y la voz del Sumo Bien,
Milton, que vió a los querubes
con salterios entre nubes,
Él es el Libro también.

XXXVI

Aquel del poema eterno
que la Terrible cantó,
que su inspiración bebió
en las llamas de su infierno;
ante quién yo me prosterno,
rendido pero anhelante,
con el pecho palpitante,
de palabra que calcina,
es el libro que ilumina
el genio inmortal del Dante.

XXXVII

El libro es hoy ese viejo
corazón, joven y ardiente
que va mostrando en la frente
de lo divino el reflejo;
que de su alma en el espejo
se retrata lo infinito,

es ese apostol bendito,
Victor Hugo el pensador,
de «Hernani» inmortal cantor,
y de «Guernesey» proscrito.

XXXVIII

El libro es la inspiración
de Quevedo picaresca;
la musa caballeresca,
de Don Pedro Calderón;
la sublime agitación
que en nuestro pecho nos queda,
cuando oímos que remeda
amor y melancolía,
la encantora poesía
de los cantos de Espronceda.

XXXIX

El libro de fe nos llena
si en el alma se dilata;
calma el dolor que nos mata,
quita la hiel que envenena,
entusiasma y enajena
al patriota bueno y fiel:
ahora eleva a Parnell,
y sublima y diviniza
a la gran sacerdotiza
del libro, Luisa Michel.

XL

El libro es el telescopio
con que se ve el infinito,
y la estrella, el aerolito,
y nuestro planeta propio:
es también el microscopio
que en una mínima gota,
nos hace ver como flota
un orbe a todos igual,
que es del coro universal,
una bellísima nota.

XLI

Libre es nuestro corazón
donde se lee el sentimiento,
o en un estremecimiento
o en una palpitación
donde vaga la emoción,
do está el alma enagenada,
do en arreboles bañada
y entre nubes de color,
nace una aurora de amor
al rayo de una mirada.

XLII

Libro es la armoniosa mente
de una beldad de quince años,

do no se leen desengaños,
sino ilusión y ansia ardiente:
libre es su púdica frente
donde se lee su inocencia,
do lleno de complacencia
un querubín encendido,
leyéndole está al oído
el libro de la existencia.

XLIII

El libro es fuerza, es valor,
es poder, es alimento;
antorcha del pensamiento
y manantial del amor.
El libro es llama, es ardor,
es sublimidad, consuelo,
fuente de vigor y celo,
que en sí condensa y encierra
lo que hay de grande en la tierra,
lo que hay de hermoso en el cielo.

XLIV

Y libro es esa balumba
de sombras tras la cual vamos;
libro en el cual deletreamos
misereres de la tumba.
Donde el huracán nos zumba
de las pasiones humanas,

y ruedan las glorias vanas
en cenizas convertidas,
y las gracias y las vidas
de las grandezas mundanas.

XLV

¡El libro!.. ¡El libro! ¡Qué bellas
que son sus frases ardientes!
Caen sobre nuestras frentes
como lluvia de centellas.
Transforman al hombre ellas,
y en esencia bendecidas,
elevan la alma dormida,
sembrando con mano fuerte,
en el caos de la muerte,
la agitación de la vida.

XLVI

El libro males destierra;
dá al espíritu solaz,
y derramando la paz,
va destruyendo la guerra
que nos confunde y aterra.
Él nos pinta en lontananza
albas de dulce bonanza
que nos llenan de consuelo,
y nos muestra allá en el cielo,
el iris de la esperanza.

XLVII

Cuando triste alguna vez,
el alma, sombría y muda,
el abismo de la duda
mira que se abre a sus pies,
del libro la brillantez
la felicidad le labra,
y hace que un cielo se abra,
y la razón antes muerta,
se conmueve y se despierta
al trueno de la palabra.

XLVIII

Y el cosmos intelectual
con aliento tan profundo,
forma un mundo y otro mundo
en el ser universal:
brilla la vida moral
llena de inmenso vigor,
y a su celeste fulgor
que el mismo Dios le ha otorgado,
se ve al hombre transformado
en su divino Tabor.

XLIX

El hombre, si soberano
un himno al Eterno entona,

con centellas se corona
y tiene el rayo en la mano.
El hombre del oceano
domina la amplia extensión,
y guiado por su razón,
taumaturgo divinal,
de espuma, perla y coral,
un edén forma a Colón.

L

El hombre tiene en verdad
por su mensajera, luego,
esa serpiente de fuego
llamada electricidad.
Con pujante actividad
dejando atrás a Eolo,
cruza en alas de ella solo
la extensión que le separa
desde la arena del Sahara,
hasta los hielos del Polo.

LI

El libro, ¡bendito sea!....
pues con afán inaudito,
vuela por el infinito
con las alas de la idea;
el libro que vida crea,
pan de las inteligencias,

luminar de las conciencias,
y que hoy está en todas partes,
sublimando con las artes,
redimiendo con las ciencias.

LII

¡El libro! ¡Celeste lumbre,
de la humanidad amparo!
¡Radioso, divino faro
que guía a la muchedumbre!....
el libro... ¡elevada cumbre
de la verdad! Mas ¡qué digo!
El libro que yo bendigo,
con entusiasmo profundo,
tiene ante la faz del mundo
un implacable enemigo.

LIII

Sabéis ¿quién es? Allá está...
Su trono se bambolea
porque el soplo de la idea
su trono derribará.
Sabéis ¿quién es? ¡Vedle allá
sobre el alto Vaticano!
¡Contempladle!.... Genio insano,
apaga todo destello,
con una estola en el cuello,
y el *Syllabus* en la mano.

LIV

¡Jesús! ¡Jesús! Tu soñaste
fundar una Religión
de amor y de bendición
cuando tu ley predicaste...
Nazareno, ¿no pensaste
que tu moral, tus creencias
que alumbraron las conciencias,
expirarán? Yo contemplo
que hoy es ¡nada más! tu templo,
un gran taller de indulgencias.

LV

Lugar do, con rudo acento
y por voluntad suprema,
el libro..... el libro se quema
y se mata el pensamiento;
lugar do con ardimiento
se predica la orfandad,
do es nada la caridad,
do farsas y tradiciones
fulminan excomuníones
a la santa Libertad.

LVI

Maldicen al libro, sí,
con un criminal deseo...

¿Dónde estuvo Galileo
para retractarse? ¡Allí!...
¡Cristo, Cristo!... Ya de tí
se burla esta gente extraña,
su corazón vierte saña,
venden reliquias y bulas,
y ya las frases son nulas
del Sermón de la montaña.

LVII

La sandalia de oro y seda
del Papa besa, humillado,
el Príncipe, el potentado;
pues al pobre se le veda.
Se va el Bien, el Mal se queda,
todos se hincan de rodillas,
y entre tantas maravillas,
olvida el Papa en su enjambre,
los *lazzaroni* que han hambre,
del Tiber en las orillas.

LVIII

Mas oid: ya se desploma
ese edificio del Mal.
Una conmoción social
hace extremecerse a Roma.
Ya nuevo empuje se toma;
una era de luz empieza,

y en vez de mirar la espesa
niebla que estaba reinando,
vemos que está palpitando
la Revolución Francesa.

LIX

¡Oh, Juventud... Juventud!
tengo fe para seguirte;
que de algo pueden servirte
las cuerdas de mi laud.
¡Abajo la beatitud!
¡Abajo la aristocracia!
¡Abajo la teocracia!...
Por todas partes resuena,
de dulce cadencia llena,
la voz de la democracia.

LX

Mirad las humanas listas...
En ellas hay a millares,
nihilistas para los Czares;
para los Papas, nihilistas.
Voceros propagandistas
de progresos liberales,
que van destruyendo males,
cumpliendo un sacro deber,
pues lodo no quieren ver
en las pilas bautismales.

LXI

El libro enciende y recrea:
al humano ha levantado,
y al espíritu ha enseñado
la religión de la idea,
haciendo que palpe y vea
un paraíso celestial,
do nunca se allega el Mal,
ni atormentadora, inquieta,
jamás se oye una trompeta
que llame al juicio final.

LXII

¡Cuántas glorias en el mundo,
que llenan de admiración!
Las glorias de Maratón,
as de Atila y Segismundo,
las del César furibundo,
que con su lanza destroza,
y la gloria luminosa
de Bacon, Darwin, Homero...
De Melebranche y Lutero,
de Chateaubriand y Spinoza.

LXIII

Ronco retumba el cañón:
se estremece un continente,

y alza, orgulloso, su frente
y su espada, Napoleón.
Vuela su altivo bridón;
su crín encrespan las brisas...
Vencedor, dánle sonrisas,
y laureles y memorias.
¿Y sus glorias?. . ¡Ah, sus glorias,
son de humo, sangre, y ceniza!

LXIV

Entre amarguras y penas,
encarcelado, oprimido,
arrojado a un negro olvido
y cargado de cadenas...
Sintiendo fluir en sus venas
de sentimiento oleadas,
con ideas levantadas
del genio con el delirio,
en un perpétuo martirio
Camõens, escribe *Os Lusiadas*.

LXV

¡Qué diferencia se advierte!
¡Qué polos tan encontrados!
Unos laureles ganados
con desolación y muerte;
y otros con el alma fuerte,
con un corazón que late

del sufrimiento al embate,
y sin sentirse arrastrado
por el impulso agitado
del huracán del combate.

LXVI

Aquel vence con la espada;
este con el libro vence;
este hace que el hombre piense...
aquel, al hombre anonada.
Y a la pobre alma angustiada,
en un caos la derrumba,
cuando su bronce retumba,
con elocuencia sombría:
éste, brinda una armonía,
aquel, entreabre una tumba.

LXVII

Yo al libro siempre he de amar;
siempre su voz he de oir,
pues me ha enseñado a sentir,
y me ha inducido a cantar.
A su fulgente irradiar,
se ha formado mi conciencia,
y ha visto mi inteligencia,
muda, absorta, confundida,
en el cielo de la vida,
relámpagos de la Ciencia.

LXVIII

El libro tiene cantares,
y murmurios y sonrisas,
y quejas de blandas brisas,
cadencias de azules mares;
de los verdes olivares,
los melódicos rumores;
y esas palabras de amores
que dicen en tonos suaves
las palmeras a las aves,
y las aves a las flores.

LXIX

Hubo un alma prodigiosa,
que pensaba y que sentía,
y que lo eterno veía,
con mirada portentosa,
tendió su mano afanosa;
grabó en madera... ¿Qué inventa?...
La humanidad está atenta:
de aquel pedazo de pino,
brotó radiante y divino,
el genio audaz de la Imprenta.

LXX

Y el libro entonces tiene alas
para volar más de prisa,

y nos encanta y hechiza
vestido de hermosas galas:
tiene bellezas, y dálas
al mundo con su poder;
y ahora, volvéos a ver...
Los bardos todos le cantan,
y mil estatuas levantan
al inmortal Gutenberg.

LXXI

Mas es en vano cantar;
es muy grande mi flaqueza,
y del libro la belleza
yo no podré retratar...
Pero siento chispear
en mi cerebro algo intenso,
por lo cual conozco y pienso,
y por eso al libro canto;
porque amo todo lo santo,
porque amo todo lo inmenso.

LXXII

Un día el sol se ocultaba
entre nubes de topacio;
los confines del espacio,
con sus reflejos doraba:
lo recuerdo; niño, estaba
ese cuadro contemplando...;

mi corazón palpitando
sentía, pues iba viendo
el astro que se iba hundiendo...
la niebla que iba avanzando.

LXXIII

Era un libro en que leía,
entre algo ténue que juega,
cómo la noche se llega,
y cómo se muere el día,
cuando una vaga armonía
llegó entre el viento a mi oído,
y en vago éxtasis rendido,
cerró sus ojos mi alma,
y en una tranquila calma,
yo me quedé adormecido.

LXXIV

Y allá entre sueños ví yo,
que un angel bajó del cielo,
y que al descender al suelo,
en la frente me besó;
después mi pecho tocó,
y allí afectos soberanos
depositó, mil arcanos
que a comprender no he llegado;
y aquel espíritu alado,
puso un arpa entre mis manos.

LXXV

Entonces yo le pedí
que en mi pecho se anidara,
que jamás me abandonara,
que estuviese junto a mí.
Mover los labios le ví
y luego me dijo: «Escucha;
entra al campo de la lucha,
pero calma tu ansia loca.
La vida es poca, muy poca,
y la desventura es mucha.

LXXVI

»¡Ha puesto la mano mía,
para que entres en el mundo,
de tu ser en lo profundo,
el gérmen de la poesía!....
¡Ay de tí, si llega el día
en que pierdas todo, todo!....
¡En que con terrible modo
cantes el Mal, la Mentira,
y las cuerdas de tu lira
las arrastres por el lodo!

LXXVII

»¡Ay de tí si un eco vano,
una levísima nota,

del fondo de tu alma brota
para ensalzar al tirano!
¡Ay, si con deseo insano
se mueve tu corazón!
¡Ay, si del dardo el baldón
tú mismo, ingrato, te clavas,
y en tus acentos alabas
al mónstruo de la ambición!

LXXVIII

»Allí tienes campo extenso
en la gran Naturaleza,
que con hermosa riqueza
te ofrece un númen inmenso;
en grupo variado y denso,
te presenta astros, torrentes,
arbustos, aves y fuentes,
perlas, corales y espumas...
Ecos, mariposas, brumas,
y albas puras y fulgentes.

LXXIX

»Mas si el imperio del Mal,
con su tremenda expresión,
atacare a la razón,
al progreso liberal...
Si con goce criminal,
lleno de hiel y de saña,

a la muchedumbre engaña
con su misterio y su pompa,
entonces, suena la trompa,
y lánzate a la campaña».

LXXX

Dijo el angel, y voló,
y al cruzar por los espacios,
una lluvia de topacios
sobre el mundo derramó;
mil sones escuché yo,
ecos lejanos y vagos
como de ondinas de lagos,
armonías melancólicas,
cual de cítaras eólicas
del céfiro a los halagos.

LXXXI

Eco dulce y misterioso
que llegaba hasta mi oído,
tan tierno como un gemido,
tan triste como un sollozo.
Yo creo que ese armonioso
conjunto de notas sumas,
resonó entre ondas y brumas,
cuando divina, hechicera,
Venus radiante saliera
del seno de las espumas.

LXXXII

Entonces de temor lleno
al cielo volví a mirar,
cuando escuché el retumbar,
en lo alto, de un ronco trueno;
ví de una nube en el seno,
un libro abierto..... Leí,
y decía el libro así:
«Sigue en la vida mi lumbre,
que yo soy la eterna cumbre,
y el universo está en mí».

LXXXIII

Desde ese día, al libro amo,
y su gran poder bendigo,
y su lumbre es la que sigo
y su imperio es el que aclamo:
allá en mis dudas le llamo,
y con su inmensa grandeza,
me muestra como progresa,
como bulle y como flota
la llama eterna que brota,
Dios en la Naturaleza.

LXXXIV

Dios, cuya luz bienhechora
palpita, refleja y arde,

en las nubes de la tarde,
y en las perlas de la aurora;
en la linfa bullidora,
en la silvestre azucena,
en cada grano de arena,
en cada nota sublime,
en cada ambiente que gime,
y en cada rayo que truena.

LXXXV

Dios, que se advierte en el rubio
plumero de las espigas,
en las ásperas ortigas
y en el estival efluvio:
en las llamas del Vesubio,
en las flores purpurinas,
en las gotas opalinas,
en las rugientes cascadas,
y entre las plumas nevadas
de las gaviotas marinas.

LXXXVI

Dios, que vaga en los aromas,
y que vuela en los murmullos,
y que alaga en los arrullos
de las torcaces palomas:
en el césped de las lomas,
en la claridad del día...

Dios, vida ser y armonía
de toda la creación.
¡Ah, no encuentra una expresión
digna de El, el arpa mía!....

LXXXVII

Y tú pusiste, Señor,
para recordar tu nombre,
el libro a la faz del hombre,
vestido con tu esplendor:
Hossanna a Tí, Dios creador;
Dios sin triángulo, Dios Uno,
que no eres Siva ni Juno;
Dios que me gozo en amarte...
que nunca llega a tocarte
ni a comprenderte ninguno.

LXXXVIII

¡*Hossanna* al Libro! Porque él,
destruye a la faz del siglo,
el dogma, ese gran vestiglo,
esa torre de Babel.
¡*Hossanna* al corazón fiel,
a la idea liberal,
pues en su carro triunfal
cruza ufana la razón,
tronchando, por la extensión
del mundo, el árbol del mal!....

LXXXIX

¡*Hossanna* al libro!.. Ese ser
que muestra con su irradiar,
la libertad de pensar,
la libertad de creer:
que canoniza a Voltaire,
al par que al apóstol Juan,
Vicente de Paul, Renán,
y maldice en voz de vida,
aquella hoguera encendida
por Domingo de Guzmán.

XC

¡*Hossanna* al Libro, que es luz,
que es bien y que es redención;
que es brújula de Colón,
y palabra de Jesús:
base y sostén de la cruz,
las frases de Cormenín,
acentos de Girardín,
las comedias de Molière,
carcajadas de Voltaire,
consejos de Aimé-Martín!....

XCI

¡*Hossanna* al Libro! que el mundo
se envuelva en su luz radiante,

y él le dé fuerza constante
para su aliento fecundo!..
Que en un abismo profundo
se precipite el error,
y que del Libro al fulgor,
conozca la humanidad,
que ha de leer la verdad
en el Libro del Señor.

XCII

¡*Hossanna* al Libro! El poeta
temple su lira y le cante,
y que con él abrillante
su imaginación inquieta:
que se convierta en profeta
y mire lo porvenir,
y allá en el cielo lucir
vea del saber la estrella,
con su candorosa huella
de nacar, oro y zafir.

CXIII

¡*Hossanna* al Libro!... que aclame
el Universo su esencia,
que triunfe la inteligencia
y que en su fuego se inflame:
que el error vencido brame
y se revuelque en el lodo;

y que con diverso modo
la verdad a Dios se eleve,
y el gérmen de vida lleve
al hombre, al átomo, a todo.

XCIV

¡*Hossanna* al Libro!.. que Dios
con su poder soberano,
le bendiga con su mano,
le alimente con su voz;
que fuego ardiente y precoz
a la iniquidad consuma,
que del no ser en la bruma,
siempre el dogma se confunda,
y que su imperio se hunda
como se pierde una espuma.

XCV

¡*Hossanna* al Libro!.. Que empieza.
el alba pura a lucir,
y sus flores a esparcir
su perfume y su pureza;
cae rodando la cabeza
del mónstruo del fanatismo,
que con sangriento cinismo
lleva para hacer el mal,
por estandarte, un puñal,
y por capa el Cristianismo.

XCVI

¡Juventud, que dais al viento
voces de unión y reforma,
que lleváis por sacra norma
las leyes del pensamiento!
¡Juventud que con aliento
en fraternal sociedad
hoy ante la humanidad
trabajas, luchas, combinas,
por implantar las doctrinas
de la santa Libertad!

XCVII

¡Juventud, que al dulce beso
del arcángel de la idea,
miras que relampaguea
el Sinaí del progreso!
¡Juventud, que en justo exceso
aplicas hierro candente
al basilisco furente
de añeja preocupación,
se alumbra tu Setentrión,
pues sale el sol del Poniente!..

XCVIII

Mira; ya cunde la oleada,
el pueblo siente su empuje,

y aunque el genio del mal ruge,
ya sus rugidos son nada:
se estremece y se anonada
al verse sin su riqueza,
sin corona en la cabeza,
al oír conciertos divinos
de modernos girondinos,
que cantan la Marsellesa.

XCIX

Esto hace el libro; lo grande,
lo eternal y lo sublime,
lo que a la razón redime,
lo que el sentimiento expande.
¡Oh, Dios! Deja te demande
aliento de tu poder,
para que en mi humilde ser
pueda la palabra eterna,
que el Universo gobierna,
en tu gran Libro leer.

C

¡Basta ya, musa querida!
¡Ya bastante me alentaste,
y unida a mi voz cantaste
la humanidad redimida!
¡Redimida, con la vida:
no con Gólgota ni Cruz,
ni martirios de Jesús...
sino con la fuerza inmensa,
fuerza que vibra y que piensa!
¡Con el Libro, que es la Luz!

LA LUZ

Eter que se mueve y arde
y choca y enciende y dora
ya radioso, ya cobarde;
velo amarillo en la tarde,
velo rosado en la aurora.

Gigantesca irradiación
de un foco de altura inmensa,
que en rauda transformación,
flota sobre la creación
y se agita y se condensa.

Atomos en movimiento
que tejen vago capuz,
en prodigioso ardimiento,
de rayos hacinamiento
palpitante: eso es la luz.

Sobre los espacios flota
de agua cristalina gota,

que se agita rutilante
como una divina nota,
sobre la creación gigante.

Un rayo del claro sol,
pártelo entre mil fulgores
y entre nubes y arrebol,
iris de siete colores
brilla al aire, tornasol.

Es una faja luciente
que desparece veloz:
es el misterioso puente
por do pasa el soplo ardiente
de la excelsitud de Dios.

¿Quién tejió ese cinturón
que en el manto está prendido,
del rey de la creación?
En vaga transformación,
es la luz quien lo ha tejido.

Brilla la aurora boreal
como un encendido encaje
en la región sideral,
como el áureo cortinaje,
en una tienda oriental.

Al brillar sus mil reflejos
sobre del fondo incoloro,

reprodúcense a lo lejos
como en límpidos espejos,
sus filigranas de oro.

Y en las tinieblas sepulta
de chispas sus claras lluvias,
como la aldeanilla inculta
que en su negro chal oculta
sus bellas guedejas rubias.

¿Quién derramó en el espacio,
lluvias de encendidas flores
con reflejos de topacio?
Fué la luz que mil fulgores
arrojó de su palacio.

Sobre la candente arena
va la pobre caravana:
la sed ardiente le apena:
pero su ansia no se llena,
porque la fuente no mana.

Mas, como entre leve encaje,
se ve cerca el hechicero,
el misterioso oleaje
del fresco ameno follaje,
del altivo datilero.

Y se mira de repente
algo espumoso y brillante,
que da consuelo a la mente:

y es el cristal de la fuente,
que se agita murmurante.

Se vé que la brisa mece
del datilero el follaje;
el ansia terrible crece,
pero el oasis desparece,
con su halagador ramaje.

Baja la noche dormida,
y fresco rocío vierte
sobre la rama florida,
como un aliento de vida
que da de su ser la muerte.

Y el rocío fresco riega,
y abre el cáliz la magnolia,
y entre tanto el aire juega,
y a besar tímido llega
las cuerdas del arpa *eolia*.

Y la tiniebla ilumina
brillo de un albo color,
y vaga aérea neblina
cobijando la colina
con su capuz flotador.

Y el gigante firmamento
va recorriendo la luna
con paso tranquilo y lento,
y en dulce estremecimiento
borda la onda en la laguna.

Y más sus cintas desata,
y se oculta tierna a veces,
y a su lumbre ténue y grata,
sobre las ondas de plata
se ven saltando los peces.

Y el miraje primoroso,
más ansia en el pecho deja;
vuelve a aparecer hermoso,
pero luego presuroso
al acercarse... se aleja.

¿Qué mano en el aire leve
pinta en grandioso miraje
agua blanca como nieve,
y hace que el viento se lleve
el agua, el árbol, y encaje?...

¿Qué mano pasó trazando
con encantador donaire,
cuadro de tono tan blando?
Es la luz que está pintando
en el lienzo azul del aire.

Baja la tarde tranquila;
gime el aura en la arboleda,
y mientras el sol oscila,
el crepúsculo vacila
entre si se va o se queda.

Y tiende pálidos velos,
y ya parece al flotar

como que brinda consuelos,
como que besa a los cielos,
como que se hunde en el mar.

Tiñe de fuego colinas,
de blanco el flotante tul,
y entre espumas diamantinas,
de azul las ondas marinas,
y el horizonte de azul.

Y las tintas nacaradas,
nubes van a recogerlas,
y las dejan derramadas
como cuentas desatadas
de un ramillete de perlas.

¿Por qué colores derramas
natura de tu regazo?
¿Por qué ardes, vibras e inflamas?
Es que en su carro de llamas
baja la luz al ocaso.

Y después, detrás del monte,
se hunde y deja noche oscura,
y no se ve el horizonte,
y trina el tierno «zinzonte»
en medio de la espesura.

Mas aparecen fulgores
de lumbres temblantes, bellas,
y se estremecen las flores,

porque son los tembladores
reflejos de las estrellas.

Y es porque incógnito agente,
en luminosos excesos
les viene a dar de repente
en prueba de amor ardiente,
sobre las corolas besos.

Y ellas cierran sus corolas;
queda un beso en cada broche,
y oyen tiernas barcarolas,
la música de las olas,
y los himnos de la noche.

Y canta el ave en el prado
sus amorosas querellas,
y está todo iluminado
por el fulgor delicado
del rayo de las estrellas.

¿Quién alumbra esos amores
y fiestas con su capuz
de mil hilos brilladores?
¿Quién derramó los colores
sobre las ondas? ¡La luz!

La alondra en rauda espiral
sube y baja a la arboleda;
se sacude en el rosal,
y deja entre el florestal
su pelusilla de seda.

Canta el sencillo pastor,
y va arreando la majada,
y hay movimiento y amor,
porque ya empieza el fulgor
de la alegre madrugada.

Todo en conmoción extraña
se anima al matinal rayo,
y canta el mirlo en la caña,
y el jilguero en la montaña,
y en el corral canta el gallo.

Y encima de un azul fondo,
en el oriente rosado,
se mira claro y redondo
resplandor de brillo blondo
con un capuz encarnado.

Y mas arriba está el gualda,
y resplandor de rubí,
y topacio y esmeralda,
y una como ondeante falda
con un tinte carmesí.

Ténue color opalino
se mira en el firmamento,
y sobre el azul marino
se retrata el nacimiento
del sonreir matutino.

Y se contempla regado
al extremo occidental

algo rojo, iluminado
como un líquido formado
con reluciente coral.

Y cuando el eter se inflama,
y en un iris se deslíe,
se mira algo como llama
que sobre el mar se derrama,
y al derramarse sonríe.

¿Quién ha vestido a la aurora
con su rosado capuz?
¿Quién ha derramado ahora
llamarada vibradora
sobre los cielos? ¡La luz!

ECCE HOMO

Siempre la misma aurora por oriente:
hoy como ayer, y como ayer mañana;
siempre bañada en luz la blanca frente,
las mismas perlas, y la misma grana.
Señor; ¿habrá mujer mas indolente?

El cielo siempre azul, el mar sonante:
en el bosque cantando Filomena...
¡Oh, qué fastidio sin igual! ¡Qué pena!
¡Natura, ya te has vuelto repugnante!
¡Eh, baja ese telón: cambia de escena!

¡Ya estamos aburridos
de mirar tanta flor y tanta nube!
Los pájaros aturden en los nidos,
y los céfiros mal entretenidos
no cesan de jugar al baja y sube,
y al pasa y vuelve. ¡Son unos perdidos!

No podemos mirar con tanta flema
esas evoluciones
que llaman estaciones:

Son variaciones sobre el mismo tema.
¡Oh, Dios! ¡Eterno Dios, siempre soñado,
siempre soñado, que jamás te vimos!...
¿No te duele el estado
fatal en que vivimos?
El spleen nos invade, nos sofoca.
Esta, tu humanidad, se vuelve loca
a fuerza de sufrir tantos reveses
y tanto desengaño.
Señor; entra en razón, y seamos lógicos:
Siquier cada seis meses,
o al menos cada año,
danos un espectáculo
mudando los períodos geológicos,
o déjanos abierta
entre ratos la puerta
por do se pueda ver tu tabernáculo:
o da una recepción en tu palacio,
para llegar a verte con despacio,
y tener el honor de conocerte.

Tiempo es ya de que todas tus criaturas
rompan estas terrenas ligaduras
en que la voluntad se encuentra atada;
preciso es ya que tu hijo se subleve,
porque es mayor de edad; de edad sobrada.
¡Como quien dice nada!...
¡Estamos en el siglo diecinueve!

Pero bien; ¿tu respuesta?...
¿Tu boca no contesta?...

Encojámonos de hombros,
y esperemos la muerte.
Está visto, Señor; es nuestra suerte
vivir como reptiles entre escombros.
Oye, Naturaleza:
¿Quién es Dios?—La pereza.
¡Gran ruido de mandíbulas escucho!
¿Qué es la felicidad? —Engordar mucho.
¡La humanidad bosteza!

¡Oh, selva! ¡Estás horrible!
Perezosos tus árboles se mecen.
Parece un imposible.
Ya tus crenchas de roble se emblanquecen.
Estás ya muy anciana,
te agotas de contino;
las ramas secas de ese tosco pino
tienen aspecto de una barba cana.
Los abetos gibosos,
y los cedros caducos y gastados,
fingen extraños seres espantosos
que semejan espectros evocados.
Verdes largartos en tus troncos huecos
tienen lugar; abajo hay una alfombra
de hojas caídas y de juncos secos,
y por doquier la sombra.
Bruja siniestra de cabellos blancos,
ya la mortaja ponte:
apoya tu bordón en los barrancos,
y mira al horizonte.

El arroyo no canta; está dormido.
Revolando el mochuelo y la corneja,
te quieren adular con su graznido.
Sopla el viento al pasar; das una queja
que el profundo silencio ha interrumpido...
Oye lo que te digo en el oído:
Echate a descansar: ¡ya estás muy vieja!
Y tú, monstruo amarrado,
colérico de siempre; mar hinchado,
hipócrita feroz y traicionero
que borracho de sal rujes airado,
queriéndote tragar el mundo entero:
calla, ¡pardiez! que tu rugir espanta;
canalla, agitador del universo;
tienes siempre repleta la garganta,
y siempre quieres devorar perverso.
¡Calla!... ¿No callas? Ya vendrá tronando
en su carro de chispas la tormenta
a calmar tus afanes:
ya en negro nubarrón viene rasgando
y a tus espaldas orgullosa avienta
su disciplina enorme de huracanes.
He aquí, que la noche se presenta.

¡Ah, los astros, los astros!
¡Ah, carbunclos, y perlas, y alabastros!
¡Infinito joyel; grandiosa altura!
¡Decoración antigua,
que infundiéndonos ansias nos enseña,
que mientras nos envuelve la basura

en la existencia exigua,
miserable y pequeña
que llevamos aquí, de privaciones,
esas constelaciones,
con sus millones de pupilas bellas,
ven con curiosidad nuestros rincones...
burla de las estrellas!

Sí; palabras de más, como si acaso
no fuéramos dichosos en el mundo:
cual si no hubiera gozo a cada paso.
Bien; belleza; verdad; aquí un espejo:
Mírate el rostro inmundo
tú que dices así: Pues es el caso,
que llevamos el alma en el pellejo!

Ven acá sociedad, quiero mirarte:
¡Voy a descuartizarte!
Jugando a cara o cruz con la justicia,
siendo arca de maldad aquel que juzga,
levanta a la malicia
y a la honradez sojuzga.
(Juez venal, no es desdoro
que se incline de un lado la balanza,
cuando llegue a inclinarse a peso de oro.)
Está bien: rellenémonos la panza.

Tú eres un hombre honrado;
¿no es verdad? Pues al hecho.
Das limosna por uno y otro lado,
te golpeas el pecho,

rezongas en latín ante una imagen,
y sufres con paciencia, aunque te ultrajen.
Con el agua que el cura te bendijo,
bautizas a tu hijo:
eres un buen varón, un buen cristiano...
eres un santo en ciernes;
llevas una camándula en la mano;
no comes carne en viernes...
o de otro modo; vives como bueno;
sientes el mal ajeno;
bien limpia la conciencia... (¿La conciencia?)
Abierto el corazón, sensible el alma,
con la tranquila calma
del que espera en el cielo otra existencia;
la sociedad te aplaude:
nada de mala fe; nada de fraude.
¿Mueres?... «Ego te absolvo».
Te inflas... te pones feo...
«¡Gloria in excelsis Deo!»
Y te echan a podrir, y te haces polvo.

Vosotros los de arriba, la nobleza,
poderosos tiranos,
usais mucho las uñas y las manos,
y venís a quedaros sin cabeza.
¿Qué es vuestro poderío?
Tener aduladores mercenarios
que os quiten el hastío
manejando olorosos incensarios;
comer bastante bueno,

tener el intestino bien relleno,
y vivir en el trono en alto rango
como el cerdo en el fango.

El pueblo. ¡Voto a bríos¡ Esa bestia
que es a veces feroz: siempre de carga,
¿quiere alzar la cerviz? ¡Cuánta molestia!
Palo con ella, pues. ¡Verdad amarga!
El pueblo es torpe, sucio, feo, malo;
que se le ponga el yugo:
¿Se queja del verdugo?...
Denle palo y más palo..
¿Qué me dices tú de esto, Víctor Hugo?

Obrero, eres acémila; y aguantas,
que para eso has nacido...
Llevas al cuello una perenne argolla;
vive con un dogal en la garganta:
no quieras levantarte: es prohibido:
come quieto tu pan y tu cebolla.

¡Acércate, ramera!
¿Por qué de esa manera
comercias con tus carnes, insensata?
Responde: la escarlata de tus labios ¿qué se hizo?
¿Por qué has botado al lodo tanto hechizo?
¿Contra el roto corpiño,
qué estrechas?... ¡Es un niño!
Tu mirada vidriosa,
¿por qué se clava en mí, fija y ansiosa?

¡Qué!... ¿Tiemblas?... Estás fría: el desgreñado
cabello flota a un lado,
pero, ¿qué es eso que tu labio dijo?...
—«No tengo leche para darle a mi hijo:
tengo hambre, no he comido en todo el día,
y por eso estoy débil y estoy fría!
Dáme un pan presto... presto,
y después seré tuya...»
Dios, ¿ves esto?
Pero, el bien... (Fe de erratas): Hoy en día,
donde «bien» está escrito,
léase «tontería».
¡Esto hace estremecerse al infinito!

Por ahí debe estar, tras esa nube,
muy mas allá del sol que nos calienta;
no en trono rodeado de querubes,
que su sed no se asienta
en un solo lugar: allá en lo hondo,
del abismo en el fondo,
es una inmensa luz, fuerza invisible.
Radioso y apacible... (Y se alza ruda
en tanto una visión, la del infierno).
Y bien, y bien; ¿cómo es?... ¡Cállate! ¿Dudas?
Es el que existe; el que es... Es el que ayuda.
¿Y quién es? ¿Y quién es? ¡Es, el Eterno!

Viendo nuestro ser mismo,
miramos el abismo.
Es nuestro pensamiento,

libre como las aves en el viento:
tras la atmósfera el pájaro decae,
y tras el cielo el pensamiento loco,
quiere subir y cae.
¡Viva la libertad! ¡Eh; poco a poco!
Somos sabios; la ciencia
toda está en nuestras manos.
Con el vapor, vencemos oceanos,
y atravesamos valles y eminencias,
y podemos poner un telegrama
por la electricidad; y después de eso,
evitamos el mal de la viruela.
Sabemos mucho más: ¡viva el progreso!
Seis mil años de escuela
lleva ya el niño, y sabe lo bastante
para ser el esclavo de su vida;
para ser ignorante,
y tener la cabeza envanecida.

¡Belleza! ¡Las mujeres!...
¡Oh, magníficos seres,
que no son otra cosa,
que un rebaño de lindos luciferes!
¡Dénme una para verla: es muy hermosa!
De forma limpia y sin igual dulzura:
¡Es una linda rosa
que encanta con su espléndida frescura!
Por supuesto, que arroje de ese talle
ese corsé de barbas de ballena;
y hasta esa trenza oscura que es ajena...

¡A la calle!... ¡A la calle!
Y ese falso carmín de las mejillas,
y estas plumas, encajes y trencillas
que sirven de realce a la hermosura...
¡Fuera muy pronto; fuera!
¡Al cesto de basura!
¡Yo quiero la hermosura verdadera!
Suelto; suelto el cabello
por el sedoso cuello,
y los ojos abiertos
a las delicias y al placer despiertos:
la frente blanca y tersa, coronada
por rizos juguetones,
y entreabierta la boca de granada,
que es regazo de vivas tentaciones.
En el seno, desnudo y palpitante,
la morbidez de la estatuaria griega.
Muelle el brazo colgante,
y gordo el muslo do lascivia juega
con ojos encendidos:
curvas que son de plástica modelo,
y los hombros correctos y caídos
cual de paloma al levantar el vuelo.

¡Voluptuosa actitud! ¡Porte de diosa!...
¡Ya Venus, ya Diana!
Vamos; la descripción ha sido hermosa:
una mujer así... ¡qué soberana!
Señor, esto es el cielo:
el ansia es mucha; la pasión de sobra.

¿Ya tenemos cortante el escalpelo?
Pues a la operación; manos a la obra.
¡Caiga esa cabellera,
esa carne, esa piel! ¿Qué hay? Calavera.
Se hunde en el seno la cuchilla ruda,
y se miran los músculos y arterias,
y todo, y todo, y la verdad desnuda
mostrando sus miserias...
miseria de miserias, que en la vida
fué miseria escondida.
En el turgente pecho,
do se miran dos pomas sonrosadas,
tiene la sangre misterioso lecho;
y allí se agita en rápidas oleadas
por una red de venas:
Las redondeces llenas
de lujuriante vida,
son nada más que carne corrompida.
Entre los duros muslos, está tieso
el aterido fémur, flaco hueso.
¡Eh... No mas disección! Escucha, humano:
Ese de frías manos,
fofo, horrible esqueleto,
espantoso y escueto,
es la hermosura que te viera esquiva.
¿Verdad que está expresiva
esa faz hueca y tosca?
Mujer; reina del mundo,
¿hay quien bien te conozca
y siempre te ame con amor profundo?

Yo codicio tus besos
y amo con ansia mucha:
pero, mujer, escucha:
¿Qué eres más que un costal de carne y hueso?

Los sátiros y ninfas
se ven bien dibujados;
las unas en las linfas,
los otros en los prados;
y hoy las viejas creaciones
de las antiguas eras,
sirven en los salones
para muestras de torsos y caderas,
siendo torpe incentivo de pasiones.
No gastemos el mármol de Carrara,
en labrar lindo cuerpo o linda cara;
que lo que hacen martillos y cinceles
lo vemos a lo vivo en la algazara
de orgías y burdeles.

¡Humanidad! Camina
con tu vieja doctrina;
yo me muero de spleen... (¡Oh, poesía!
tuya es el alma mía.)
Mientras, el haragán y cachazudo
sol, sale cada día,
dora el árbol copudo;
y se acuesta en ocaso,
a donde se encamina paso a paso
por la decrepitud que le amilana,
y torna a aparecer por la mañana.

¡Dios! Dios está en lo inmenso,
en la altura. ¡Quién sabe!
¡Me abismo en él si pienso!
¡En ese hondo misterio todo cabe!

Visión pura de amor; dame consuelo;
corramos de esta noche la cortina,
abre tus ojos; quiero ver el cielo...
Visión pura de amor; visión divina.

Aquí en mi corazón tengo guardado
un mi pequeño edén iluminado
por la luz de una aurora indefinida,
donde en la tempestad hallamos calma.
¡Recogido yo y ella,
mi adorada, mi bella!...
Se besan dulcemente nuestras almas,
y refresca mi rostro mansa brisa,
y me inunda de gozo su sonrisa.

ESPÍRITU

A Enrique Guzmán.

Materialismo!... La moderna ciencia
de su ser lo desprende,
infundiendo pavor a la conciencia
por doquiera se extiende...

Se extiende, pero no llevando vida,
que su seno esta yerto,
se extiende como la ola corrompida,
que vaga en el mar muerto.

Es torrente de hiel que ahoga y abrasa
a la razón humana;
que entre los sueños de la vida pasa
como una sombra insana.

Deja el mar que un momento su miseria
vuele a Dios que le atrae;
pero al golpe infernal de la materia,
de los cielos se cae.

El pensamiento, eterna maravilla
que el alma admira absorta,
es fundido a la llama de una hornilla,
dentro de una retorta.

Sentir, y amar, alientos que palpitan
en el pecho convulso,
son dos chispas que chocan y se agitan
al eléctrico impulso.

¡Comed! ¡Bebed! El cielo se derrumba,
y tras la losa helada.
más allá de lo oscuro de la tumba,
sólo reina la nada.

¿Dios?... Ya cayó de su elevado trono;
ya se hundió su palacio...
Le reemplazan el azoe y el carbono;
el tiempo y el espacio.

¡Horror! ¡Horror! Avanza este torrente...
¡Su impulso detened!...
¡Se ahoga el alma en la atmósfera candente!
¡Tiene sed!... ¡Tiene sed!

Contemplad ese impulso rudo y fiero;
apagad esa hornilla,
o bajad a Jesús de su madero,
y escupid su mejilla.

Contened por favor la fuerza bruta
de ese inmenso torrente,
o a Sócrates quitadle la cicuta,
y abofetead su frente.

¡Horror! ¡Horror!... El hombre exhala un grito
al ver que Dios se esconde;
y pregunta por él a lo infinito,
pero este no responde.

Dirige al cielo su palabra fría,
y de vigor desnudo,
su palabra se pierde en el vacío,
porque el cielo está mudo.

Lleno de miedo y de dolor profundo,
al mundo habla un instante;
pero al fijar sus ojos en el mundo,
ve la hornilla chispeante.

Oye el sonido que en agudo tono
da la fragua que chilla,
y el espíritu mira entre el carbono,
fundiéndose en la hornilla.

¡Mefistófeles!—grita el hombre airado.
¡Mefistófeles cruel!
¡Genio eterno!... Gigante dibujado
por lírico pincel.

Mefistófeles cruel: díme, te ruego;
¿dónde hallo al Dios que brilla?...
Y ve una roja masa junto al fuego
de la chispeante hornilla.

Mefistófeles cruel: díme tú, ¿dónde
hallo alma, hallo razón?...
Y la chispeante hornilla le responde
con sorda confusión.

¡Horror! ¡Horror!... ¡Avanza este torrente!...
¡Su impulso detened!
Se ahoga el alma en su atmósfera candente...
¡Tiene sed!... ¡Tiene sed!

Allá viene entre nieblas dilatadas
horrenda procesión...
Son momias que se mueven agitadas
en sorda confusión.

Cantan al son del mazo que martilla,
la caída de Dios;
y en derredor de la candente hornilla,
soplan de dos en dos.

Mefistófeles: deja tus carbones...
dame agua; tengo sed...
Contempla como soplan los tizones
la brujas de Macbet.

¡Tengo sed del espíritu gigante,
Mefistófeles cruel!...
Y contempla la hornilla chispeante,
brillar delante de él.

¡Corre el hombre!... Por fin, al cielo clama
por la segunda vez:
¡se extiende ante su frente hermosa llama!
¡Tiembla el cielo a sus pies!

¡Es que Dios, no ha caído! ¡Refulgente
se mira en su palacio!
Y es eterno, sublime, omnipotente,
en tiempo y en espacio.

Mira el hombre la aurora que le halaga,
y que en el cielo brilla,
y contempla también como se apaga
el fuego de la hornilla.

Y revestido de celestes galas,
envuelto en luz bendita,
el espíritu vuela con sus alas
por la escala infinita.

Ya hay vida en las estrellas; en los soles;
ya se mira extendido
entre nubes y bellos arreboles,
progreso indefinido.

Ya la vida del hombre no es un mito;
no es fósforo y carbón.
Hay un espacio espléndido, infinito...
¡Hay alma y corazón!

¡Ya no se forma en hornos el talento!
¡Ya no es débil cristal!...
¡Ya bulle con ardor el pensamiento!
¡Ya existe el ideal!

Ya la ley de las almas nos gobierna;
ya se canta victoria...
La vida del espíritu es eterna...
¡Hosanna!... ¡Gloria!... ¡Gloria!...

MÁXIMO JEREZ

Décimas recitadas por el autor en la velada de duelo, que dió el Partido Liberal, en León, el 13 de Noviembre de 1881.

I

Será verdad?... ¡Yo no sé!
Mi arpa humilde, llora y gime,
¡oh, discípulo sublime
de Augusto Comte y Litré!
Y te he de cantar... Más, ¿qué?
si aunque me abrase el deseo,
¡oh, genio!... yo claro veo:
imposible es que te cante,
que en la tumba de un gigante,
no ha de cantar un pigmeo.

II

Más si a mi voz falta aliento;
si mi ser flota entre brumas;

si no vuela con sus plumas
muy alto mi pensamiento,
la hoguera del sentimiento
enardece el alma mía...
El fuego de la poesía
quema mi espíritu inerte,
y hace que me sienta fuerte
para cantarte este día.

III

¡Jerez... deja que te vea!...
¡Pensador agigantado;
semi-dios transfigurado
en el Tabor de tu idea!
Tu nombre, patrio amor crea;
porque tu nombre, Jerez,
infunde con altivez
en nuestra humilde pobreza,
fuegos del alma francesa;
rayos del Noventa y Tres.

IV

«Fiat lux» «El ser se extienda»,
dijo con voz retumbante,
aquel Creador arrogante
de la sagrada leyenda.
¡Y fué la luz! En su senda,

«Fiat lux» con emoción
dijo del Istmo el león
sacudiendo su melena;
mas, no forjó la cadena
que iba a unir... y no hubo unión.

V

Su palabra despreciaron;
su mandamiento no oyeron:
«Este es un loco», dijeron,
y de Jerez se burlaron.
Ingratos, se imaginaron
que un pensamiento es muy poco;
volvió a decir... y, ¡tampoco!
«Quita de aquí», le decían,
y riendo, repetían:
«¡Máximo Jerez, es loco!»

VI

Él, quien un tiempo el destino
lo llevaba de su mano;
alma de republicano,
corazón de girondino,
su pensamiento divino,
le consolaba en su afán.
Loco diciéndole están
almas a su idea extrañas:

¡Decidle loco a Cabañas...
y demente a Morazán!

VII

¡Pero no!... ¡Tienen razón!
Es muy claro; yo lo veo.
¿No era loco Galileo?
¿No era demente Colón?
Con su ardiente inspiración,
con su fantasía inquieta,
¿no es un demente el poeta?...
Y aunque de luz se revista,
¿no es loco el Evangelista?...
¿Monomaniaco el Profeta?...

VIII

¡Oh, tremendo sacrificio!
¡Oh, mundanal sufrimiento!
Para todo pensamiento,
hay eterno Santo Oficio.
Sólo la imagen del vicio,
se mira por donde quiera.
¡La humanidad altanera,
si hay Colones, los desprecia:
y canoniza la necia,
a quien maldecir debiera!

IX

Si nacen bellos fulgores,
el mundo los ve apagar;
hoy podemos exclamar
también: «¡Oh témpora!» «¡Oh mores!»
¡Id a coronar de flores
a la niebla, no a la luz!
¡Que vaya al pontón Juan Huss!
¡Que reine la fuerza bruta!
¡Dad a Sócrates cicuta,
y a Jesucristo una cruz!

X

Que se maldiga a Voltaire;
que se eleve a Torquemada,
y que se convierta en nada
Razón, Luz, Ciencia, Saber.
Que se destruya en su ser,
a la humana inteligencia;
que caiga el arte, la ciencia;
que el genio se enerve y muera,
y que sea una quimera
la libertad de conciencia.

XI

¡Más silencio! ¿Quién se atreve
a blasfemar así ahora,

ante la luz redentora
de este siglo diez y nueve?
¿No sentís que ya se mueve,
que ya se incorpora el mundo,
que su letargo profundo,
hoy sacude? Y en verdad,
siembra de la libertad
el árbol bello y fecundo.

XII

¡Ya el tirano va a expirar!
El pueblo ruge y se irrita,
y hay bombas de dinamita
para que sucumba el Czar.
¡Ya nueva era va a empezar;
pues la esclavitud mancilla!
No doblará la rodilla
ante el rey el jornalero...
¡Y, ay, de Alejandro III!
¡Y, ay, de Ignacio Veintemilla!

XIII

Y tú, Jerez, duerme en tanto,
en la tumba que os contiene,
hasta que tierno resuene
de la Unión el dulce canto;
hasta que nos cubra el manto

de la aurora del mañana,
que entonces nuestra alma ufana
mientras el bronce retumba,
cantará, allí, en vuestra tumba,
LA UNION CENTROAMERICANA.

UNIÓN CENTROAMERICANA

Al Señor General Justo Rufino Barrios.

Señor: os hablo en nombre de una idea;
en nombre de un partido y de un derecho:
que lo soñado se convierta en hecho;
que vos lo realicéis, y que así sea.

Oid: inmensa sombra se extendía
sobre el oscuro cielo,
y el alba no nacía
porque un tupido velo
en sus pliegues flotantes la envolvía.
Procesión funeraria
cruzaba por el ámbito sombrío;
elevaban al cielo una plegaria
las vírgenes que guardan el rocío.
Vaga por el vacío
lamento triste y hondo
que llega de los cielos hasta el fondo.

Suenan voces que claman
calor y vida; ser y movimiento:
que de lo eterno ante la puerta llaman
y piden claridad, luz, y ardimiento.

En el informe abismo se estremece
espíritu del mal; ruge y se agita,
y la tiniebla crece,
y en invisible convulsión palpita.
Pero sobre esa oscuridad terrible,
convulsión invisible
y tiniebla monstruosa
que sobre el muudo lúgubre se posa,
se oye tronar; el cielo se ilumina...
Sobre el inmenso abismo Dios se inclina;
sucumbe el mal en tétrico desmayo,
y entre ecos de placer y alegre canto,
rásgase presto el tenebroso manto
con saeta de luz: ¡de luz de rayo!...
¡De rayo, sí; la luz más esplendente,
pues con ella está escrita
sobre la faz de todo lo existente
la palabra infinita!
Que sobre el éter, cuando llama al mundo,
el rayo lleva en su encendido seno
como misterio grande, alto y profundo,
potencia y chispa, resplandor y trueno.

Y si el caos social, si las naciones
en terrible marasmo,
no sienten palpitar sus corazones,
y dormitan sin fe, sin entusiasmo,
faltas de aspiraciones;
si a la voz del deber no dan oídos
ni a los gritos de aliento
de patrióticos pechos, encendidos
con el fuego de un puro sentimiento;
si a la palabra sordas se presentan
y a la luz de la santa poesía,
y a la razón que es luz también intentan
convertir en fantástica utopía;
entonces, que haya un alma gigantesca
que a los pueblos despierte de su sueño
y que con mano audaz salve la idea
que hace grande al pequeño.
Entonces ya, para que el cielo se abra,
que surja un brazo y una altiva frente;
que se oculte el fulgor de la palabra,
y alumbre el rayo con su luz potente!

La «medusa» de fuego
que se llama Discordia, sin sosiego
atiza el horno de pasión artera,
y al aire tiende luego
su sangrienta bandera;
la justicia y la fe claman en vano
y hay lucha entre el hermano y el hermano.

¡La patria sobre todo!...
Su estandarte se arrastra por el lodo,
se desgarra en pedazos;
y la Paz y la Unión lanzando un grito,
la una arroja su oliva marchitada,
la otra desnuda ya, tuerce sus brazos
e interroga de cara al infinito,
con el fuego de Dios en la mirada!

Pues entonces, que el bien se compadezca
de la Patria infeliz, y que aparezca
un Titán en la lucha:
el progreso lo exige,
y si la vil Discordia no le escucha
y hacia el mal se dirige,
si se arma en guerra y a atacar empieza,
que el Titán alce su robusto brazo
y aplaste su cabeza
de un solo martillazo.

Los pueblos son sagrados
y deben ser al bien encaminados.
Y los pueblos comprenden que es preciso
desarrollar los grandes movimientos
a que la suerte conducirlos quiso.
Sus estremecimientos
prueban que hay fuego en ellos
listo para exaltarlos y encendellos.

¡Centroamérica espera
que le den su guirnalda y su bandera!
¡Centroamérica grita
que le duelen sus miembros arrancados,
y aguarda con ardor la hora bendita
de verlos recobrados!

¡Centroamérica llora
porque tarda esa hora!
Desde el volcán de fuego,
al cerro de Hule, al Irazú, al Santa Ana,
al Momotombo de la erguida frente,
ha extendido su riego
la fe republicana
en todo corazón grande y valiente.

Todos aman la Unión, todos esperan
ese supremo día;
todos la vida dieran
en lucha con la vil demagogía.

El pecho núbil se dilata ansioso;
la juventud es fuerte,
y espera ahora el trance venturoso
de encontrar por la Unión gloriosa muerte.

Cierto es que hay almas-sombras sin anhelo,
espíritus sin luz, sin esperanza,
que se arrastran infames por el suelo,
siempre en ruín acechanza.

Bandada de murciélagos que puebla
la noche aterradora,
que aman de corazón a la tiniebla
y que odian a la aurora:
¡pues aquí los relámpagos divinos!
y cieguen a la turba de asesinos
que a la Patria destrozan en la sombra
envueltos en misterio;
aquí la luz que asombra;
aquí el rojo cauterio
para llagas sociales:
alzad la frente altivos, liberales,
que se esparza el fulgor por donde quiera;
el cóndor ya tocó nuestros umbrales;
el hurón, que se vaya a su huronera...
¡Cantad himnos triunfales!

Así piensan, practican y desean
los que aguardan la unión. ¡Que ellos no vean
seguir reinando desunión impía!
Los retrógrados, dicen: ¡Poesía!
y afilando sus zarpas se recrean.
¿Verdad Señor, que llegará ese día?

Ya he dicho que hablo en nombre de un partido.
Estas notas que oís, él las arranca;
dice que el fuego está bien encendido,
que los nombres ha oído
de Tacaná, San Lucas, Tierra Blanca...

Y aquí, cabe las ondas del Gran Lago,
de sus auras sintiendo el dulce halago;
aquí viendo el talante
del Mombacho arrogante,
se tiene fe, se alienta
y se sabe gritar siempre, ¡adelante!
¡Y se halla más vigor en un instante,
que nubarrones carga la tormenta!

¡Qué hermoso es ver los ánimos ansiosos
de un delirio febril con los espasmos;
sintiendo los torrentes hervorosos
de vivos entusiasmos!

Soñando en la llegada
de la hora anhelada;
oyendo el himno que se canta a coro
al redoblar del atambor sonoro;
viendo de un nuevo día a los reflejos

exaltada la inmensa muchedumbre,
al ver rodar los edificios viejos
a fuerza de una grande pesadumbre...
¡Y la Unión en su solio,
y elevado un gigante Capitolio!

¡Los pueblos tienen fe! ¿Quién no desea
la unión de estas naciones,
obra que las eleva y endiosea?
Que se acaben los odios y ambiciones,
pues sobre todo, está la gran idea.

Morazan, el guerrero
de brazo formidable,
blandió su limpio acero
por ella; aquel espíritu admirable
que de fuego forjara el Gran Obrero,
halló en vez de su ideal un ideal falso,
y tuvo como premio verdadero...
(¡Los hombres son así!) Tuvo un cadalso.

Valle y Barrundia, un sabio y un profeta
de la Unión Nacional; ambos gigantes,
que entre el hervor de agitación inquieta,
éste siente las ansias del poeta,
aquél, mira los hechos palpitantes,

la voz de las naciones interpreta;
los dos, cual si sintieran los quemantes
soplos de lo invisible; así inspirados,
campeones esforzados,
después de combatir, dejan la vida;
y quedan siempre rotos los estados,
Centroamérica, débil, desunida.

Cabañas, el airoso, el aguerrido,
de esa causa gigante fué soldado.
¡Quién le viera peleando enardecido
impetuoso, pujante, denodado!
Y no vió realizados sus ensueños,
y murió el fuerte anciano
dejándonos pequeños...
¡Qué consuelo para un republicano!

Gerardo Barrios, paladín brioso,
fué del mismo ideal; luchó afanoso
por trocar la ilusión en verdad pura;
y después de sufrir honda amargura...
(¡Ruborízate amada patria mía!
De tu suelo tan libre fué arrojado
y vilmente entregado
a la venganza de una mano impía.)
De su patria querida entre los brazos,
de su patria a la vista,

su escudo de unionista
se lo hicieron pedazos
en el pecho, los crueles, a balazos.
¡Ved qué gloria Gerardo se conquista!

Jerez, aquel grandioso alucinado,
fué sacerdote del ideal sagrado:
y ante el brumoso fanatismo escueto,
él presentó a la Unión con regia pompa,
predicó su doctrina inmaculada,
ora con su fluidez del buen concepto,
ya al resonar de la guerrera trompa,
con el brillo y la fuerza de su espada.
Jerez, altivo y fuerte,
con la vil desunión en cruda guerra,
halló la paz en brazos de la muerte,
en extranjera tierra.

Y bien; en esta edad que está encendida
con el fuego moral que nos abrasa,
¿no será nuestra patria redimida?
El tiempo es un caudal, y el tiempo pasa.
¿Y no ha de haber un alma redentora
que en la noche terrible que nos duerme,
aliente y vigorice al pueblo inerme
con el beso de llamas de la aurora?

Suene la voz primera
que anuncie la alborada que se espera;
y así como entre nubes apiñadas,
regazo de los rudos aquilones,
se oye el rugir de tempestad tonante
que de chispas la sien orlada lleva;
resonarán las frases inspiradas
que anuncien entre vivas expansiones
el alba rutilante
que trae en su fulgor la Buena Nueva.

Pues bien; cuando hay espíritus potentes
que quieren levantarse entre esplendores,
y que, avasalladores,
a los rudos torrentes
del mal quieren poner un fuerte coto,
debe el que tiene ardor, fuerzas más grandes,
tomar la delantera;
que así cual se oye el noto
pasar sobre la cumbre de los Andes
cantando un himno eterno al Dios que impera,
pulsando en las profundas soledades
la lira de las roncas tempestades;
el grito sonará raudo y triunfante
del pueblo delirante,
que será, entre sublimes espansiones,
el eco dominante
al compás de estampido de cañones.

El sol de la victoria
alumbrará la senda de la gloria.
¡La patria, estremecida,
será por lo infinito iluminada,
y llena de canciones y de vida
presentará su frente inmaculada
para el beso sentir de bienvenida!

¡Señor! ¡Un pueblo que ama su derecho,
que tiene muchas llamas en el pecho,
y algunos lauros en su frente altiva,
dice: que en Vos está la idea viva;
que es pujante la idea
y que es fuerte y pujante,
porque en ella lo eterno centellea!
¡Dice que caminéis Vos adelante;
que Vos os levantéis, y que así sea!

EL POETA

I

El vate en su vida ansiosa,
¡ay, nace entre desconsuelos!
Si nace lava asquerosa,
ya le veréis, mariposa,
como se sube a los cielos!

II

Al ver la mundana guerra,
brota el terrenal capúz;
huye presto de la tierra,
y allá se envuelve y encierra
en los pliegues de la luz.

III

Y si no huye, es el vocero
de las eternas doctrinas...

Si el combate sigue fiero,
toma el arpa como Homero
y canta sobre las ruinas.

IV

Mas toda obra del Creador,
lleva sobre sí una carga:
el mar, viento agotador;
la mente, su duda amarga;
el corazón, su dolor.

V

Y el vate... ¡triste verdad!..
sufre esa ley con rigores.
Por suprema voluntad,
él lleva en sí los dolores
de toda la humanidad.

VI

Fragor de revoluciones,
naufragios de muchedumbres,
las gigantes convulsiones
de edades y de naciones...
Esas son sus pesadumbres.

VII

Y se calla y se resigna,
y habla con la inmensidad,
y se dan mútua consigna...
¡mas, si el poeta se indigna,
tiembla la ruda maldad!

VIII

Y entonces su canto eterno
es cual cuchillo tajante,
y arranca el cáncer interno,
y lo arroja en el infierno,
y entonces se llama Dante.

IX

Y queda su canto escrito
entre ráfagas violentas...
y tiene ¡genio bendito!
a su frente el infinito.....
y a sus plantas las tormentas.....

X

¡Vate altivo y soberano,
jamás rebajó su don:

ni nunca fué vil gusano,
ni adulador del tirano,
ni escabel de la ambición!....

XI

Cantor que lleva el laúd
conservado en alto rango,
cantor que abriga virtud
y esperanza y juventud,
no se arrastra por el fango.

XII

Y aquel que con desconsuelo
caiga del mal en los lazos
y pierda su santo anhelo,
que arroje su lira al suelo
y la rompa en mil pedazos.

XIII

Que no cuadra al impudente
levar arpa de poeta;
el que la arrastra no siente,
y el verdadero poeta,
no lleva sucia la frente.

XIV

Que sufra las amarguras
de Homero y de Lamartine;
que le acosen desventuras,
pero que conserve puras
sus alas de querubín.

XV

Dios le dió aquella virtud,
y en su inmensa plenitud,
cuando con su Dios se junte...
qué hará cuando le pregunte:
¿qué has hecho de tu laud?

XVI

Que el vate guarde el pudor,
que tenga luz en la frente,
que al verse junto al Creador,
pueda mostrar sin temor
que tiene limpia la frente.

XVII

No es poeta el vil histrión
que abriga mal corazón;

y no es poeta el villano
y adulador cortesano
que se convierte en bufón.

XVIII

No es poeta el envidioso
que osa atacar al coloso,
y con su aliento envenena
y se retuerce furioso
al mirar la gloria ajena.

XIX

No es vate el que no se inflama
en la patriótica llama;
no es poeta el que hace alarde
de rastrero y de cobarde,
no es poeta el que no ama.

XX

Poeta, el que se levanta
bañado en luz celestial,
y a la faz del mundo canta,
y los siglos abrillanta
con su reflejo inmortal.

XXI

Poeta, el que ardores siente
y lleva sobre sí el hilo
de la luz pura y luciente,
que ciñe la altiva frente
de Sófocles y de Esquilo.

XXII

Poeta el que sube al cielo
y lleno de sacro afán
penetra el sombrío velo
que oculta al que habita el suelo,
as visiones de San Juan.

XXIII

Poeta, el que delirante
en su delirio eternal,
lanza el rayo fulminante,

del Olimpo universal.

XXIV

Poeta, es el ser bendito
que hace que un cielo se abra,

sin sombra, ni error, ni mito,
y responda el infinito
al trueno de su palabra.

XXV

Es el leproso sublime
que llora, que canta y gime
y bendice en su cantar
a la mano que le oprime...
¡Es Job en el muladar!

XXVI

Es el que ama con ardor;
es el que canta a Leonor,
Laura, Teresa, y Bettina;
el que amando se ilumina
en la lumbre de su amor.

XXVII

¡Oh poetas!... ¡Y en el mundo
hay quien os odia y engaña!...
¡Ley de misterio profundo!
A la flor, gusano inmundo;
¡para la espiga, zizaña!

XXVIII

Envidia baja y rastrera,
origen de inmenso mal...
¡Alma mezquina y artera!
¡Quieres volar a la esfera,
viviendo en el lodazal!

XXIX

Mas si tú das golpe recio
con maña y sucia perfidia,
contigo el vate no lidia...
te mata con su desprecio,
que desprecio mata envidia.

XXX

Y el vate sigue radiante
por su carrera triunfal,
con su rayo fulminante,
siendo el Júpiter tonante
del Olimpo universal.

LA OBRA DEL OLEAJE

I

La onda agitada
que ruge presa
bajo la roca,
junto a la arena,
bulle y rebulle
y espumajea,
cuando la azota
ruda tormenta:
la roca inmóvil
sigue altanera,
mientras la onda
pasa mordiéndola;
y llega un día
en que la peña
ya carcomida
por la ola inquieta,
rueda al abismo
falta de fuerzas,
entre las aguas
que se atropellan.

II

Y los tiranos
que en su soberbia
sobre su trono
se enseñorean,
o al pueblo amarran
una cadena,
altivos mandan...
fuertes ordenan...
y por debajo
no oyen que rueda
cierto murmullo
de voz que hiela.
Es que la onda
muerde a la peña
que carcomida
se tambalea,
y va al abismo,
cuando resuena
batir de alas
de la tormenta.

A LOS LIBERALES

I

Porque cantáis la eterna Marsellesa
que maldice el poder de los tiranos;
porque alzáis ardoroso, en las manos
el pendón de la luz con entereza;

porque deseáis que caiga la cabeza
de la hidra aristocrática, y ufanos
dais al pueblo principios soberanos,
que destruyen del mal la niebla espesa.

Porque gritáis que es libre el pensamiento;
que no tiene cadenas la conciencia,
y proclamáis con fuerza y ardimiento

que hoy impera no más la inteligencia;
la muchedumbre criminal y necia,
os escupe, y os odia, y os desprecia.

II

Y porque sois soldados de la idea;
porque rompéis la tiara y la corona,
y vuestra voz la libertad pregona;
la libertad que irradia y centellea;

porque deseáis que el Universo vea
cómo una catedral se desmorona
al son del himno que la voz entona
del genio de la luz que vida crea;

porque las tablas de la ley del hombre
mostráis al mundo llenas de verdades,
y de la democracia el sacro nombre

escribís en la faz de estas edades,
tendréis mil bendiciones en la historia
y una palma en el templo de la gloria.

¿QUIÉN VENCERÁ?

Moisés:—«La mano del Eterno, un día,
los orbes creó con poderoso aliento.»
Laplace:—«¡Mentira! Que este gran portento,
del condensado cosmos nacería.»

Josué:—«Tan solo a la palabra mía,
detuvo el sol su paso turbulento.»
Galileo:—«No tiene movimiento.»
Yo:—«¡Mentía Moisés!.. ¡Josué Mentía!»

¿Qué confusión es ésta? Lucha eterna
se entabla entre el pasado y el presente.
Humilde aquel, ante este se prosterna...

Este, sucumbe miserablemente...
¡Por fin el dogma expira ante la ciencia!..
¿Quién vencerá?.... Responda la conciencia.

A LA RAZÓN

Al contemplarte augusta, te venero;
al ver tu luz, mi corazón se inflama,
pues al fulgor de tu radiosa llama,
se estremece la faz del mundo entero.

Cayó la fé con su terrible fuero.
Ya tu voz por doquiera se derrama:
se hunden Vichnú, Cristo, Budha y Brahama,
y las naciones van por tu sendero.

A tu poder gigante y soberano
que el Orbe en otro tiempo no admirara,
contra el altar del Sacro Vaticano

el Papa quiebra con dolor su tiara;
y aterido, y helado, cual la escarcha,
grita con Pelletan: «El mundo marcha».

SONETO CÍVICO

A Jerez

Aguila audaz del mundo americano,
que hoy te remontas presurosa al cielo;
que predicaste con heroico anhelo
el amor a la luz, y odio al tirano.

Hoy te contempla el pensamiento humano
de tu vida al rasgarse el ténue velo,
y te eleva cantares desde el suelo,
como a gran liberal republicano.

La idea que llevaste en la conciencia
centellees del Eterno desprendida...
Ilumina la mísera existencia

de nuestra patria aún tan dividida;
y en el augusto templo de la Historia,
ciñe a tu frente, el lauro de la gloria.

EL JESUÍTA

I

Qué es el jesuíta?—Bolivar
preguntó una vez a Olmedo.
Es el crimen, el enredo;
es el que dá al pueblo acíbar
envuelto en sabroso almíbar.
El inmortal Andrés Bello,
estaba poniendo un sello
a una carta a San Martín,
y dijo con retintín:
¿El jesuíta?... Lo dice ello.

II

Bien: ahora hablaré yo.
Juzga después, lector, tú:
el jesuíta, es Belcebú,
que del Averno salió.
¿Vencerá el progreso? ¡No!
¿Su poder caerá? ¡Oh, sí!
Ódieme el que quiera a mí;
pero nunca tendrá vida
la sotana carcomida
de estos endriagos aquí.

LA CEGUA

(LEYENDA POPULAR NICARAGÜENSE)

CUADRO DRAMÁTICO

PERSONAJES

JUAN y MANUEL

Al calor de una brillante
aunque muy rústica lámpara,
dos hombres sólos conversan
sentados en una hamaca
que sostienen los horcones
de una casita de paja:
(Casita que hallá en el tiempo,
lector, de esta historia exacta,
estaba según contóme
mi abuela... estaba situada
en la división que hay
entre León y Subtiava.)

Bien; pues los dos personajes
que charlaban en voz baja,
entablan aqueste diálogo
con voz un poco más alta:

JUAN

Bien; y ¿cuándo la miraste?

MANUEL

Ayer en la madrugada.

JUAN

Dime: ¿y no te propusiste
cogerla?

MANUEL

Pues hombre, vaya
que tú tienes ocurrencias,
que de reirse dan ganas.

JUAN

Pero yo creo Manuel,
que llevarías tus armas.

MANUEL

Dices bien, hombre, Juanillo.
Yo una pistola llevaba
y un machete tan templado,
que partía cuatro tablas.
Mas cuando ví la figura,
y escuché la carcajada,
no hice más, amigo mío,
que ofrecer a Dios mi alma,
y....

JUAN

Eres cobarde, Manuel...
Sin embargo, escucha.

MANUEL

Habla.

JUAN

Sabe que tengo un secreto
contra ceguas y fantasmas.

MANUEL

¿Y cuál es?

JUAN

Escucha, amigo:
Es un poco de mostaza
que me la bendijo ayer
el buen cura de Subtiava.
Bien; la mostaza bendita
se riega por donde pasa
la cegua; al pasar pues, ella,
a recogerla se para;
y como es grano por grano,
se está hasta que viene el alba,
recogiendo y recogiendo
los granos de la mostaza.

MANUEL

Es un secreto excelente,
y podemos agarrarla.

JUAN

Y con la ayuda también
del señor Pablo Villalta.

MANUEL

¿Y vendrá don Pablo ahora?

JUAN

Ya son las diez, y no tarda:
quedó a esa hora en venir,
y cumplirá su palabra.

MANUEL

Pero es mejor que vayamos
nosotros a su morada,
para evitarle el trabajo
de caminar cuatro «cuadras».

JUAN

Está bien; ¿quieres un trago
de «cususa»?

MANUEL

Muchas gracias;
si tú me haces el favor,
lo agradecerá mi alma.

JUAN

Pues toma; y te vas ahora
para la casa de Braulia

y le dices que te dé
la botella de mostaza.
Yo me voy donde Don Pablo;
pero ponte presto en marcha,
que nos hallarás seguro
en la esquina de la plaza.

MANUEL

Bien: pues hasta luego.

JUAN

¡Adiós!
¿Las diez y media?... Aún falta.
Y tomando su sombrero,
al decir tales palabras,
puso un candado a la puerta
de madera de la casa,
y tomando calle arriba,
se perdió, anda que anda.

La leyenda

I

Allá en el año cuarenta y cuatro,
cuando la guerra de Malespín,
fué por el tiempo que hubo de verse
la escena esa que describí.

En aquel tiempo, el alumbrado
(Aunque me pese siendo de León.)
lector, estaba tan olvidado,
que había calles sin un farol.

Y en las que había, lector querido,
era tan triste su claridad,
que raro era que allí de noche,
saliera alguno por pasear.

Sólo se oía de vez en cuando
de algún sereno la seca voz;
de las lechuzas los recios gritos,
o de los vientos la confusión.

Y en ese año cuarenta y cuatro,
cuando la guerra de Malespín,
un día viernes dice la historia
hubo de verse con gran alarma,
lo que ahora empiézoos a describir.

II

Entre las confusas nieblas
de la calle Nacional,
van caminando tres hombres
con un paso funeral.
Hablan muy bajo entre ellos,
pero no dejan de andar:
la recelosa mirada,
a veces vuelven atrás,
y en sus rostros se adivina
una terrible ansiedad.
Tomaron la calle arriba;
mas a una esquina al llegar,
se detuvieron los tres,
y dijo uno:
«Va a sonar
la hora en que dicen se ha visto,
y nada...»
«Escúchame, Juan:

Tú te quedas a esperarnos
en este mismo lugar,
mientras nosotros iremos
a buscarla, oyes?»
«¡Ya, ya!
Déjame lo necesario
y aquí les voy a esperar.»
Dióle un revólver Manuel,
que no era otro aquél, a Juan...
Sentóse él en unas gradas,
y presto viólos marchar
Pasó como un cuarto de hora;
Juan comenzó a bostezar,
y cuando pasó otro cuarto,
encontró desnudó a Juan.

III

Chirridos infernales, y voces y maullidos,
y horrendas carcajadas se oyeron resonar:
y al rato se escucharon más cerca unos silbidos,
los cuales despertaron súbitamente a Juan.

Tomó el revólver presto con mano temblorosa
y redobló su miedo cuando a ninguno vió;
y el eco moribundo de voz triste y llorosa,
de sus oídos cerca, muy cerca se escuchó.

Mas pronto allá a lo lejos,
a pálidos reflejos
de vacilante luz,
sus ojos contemplaron...
un fúnebre ataud.

Y oyó mil bufidos
y lúgubres ecos,
y oyó golpes secos
en gran confusión;
y horrendo fantasma
junto a él se paraba,
y se extraviaba
su oscura razón.

¿Quién eres—le dijo—
fantasma horroroso?
Y risa estridente
la respuesta fué.
Entonces sintióse
sin fuerzas ni aliento,
y en vértigo horrible
cayó recostado,
y quedó tendido
junto a la pared.

IV

Al rato se oyeron pasos,
y más y más se acercaban,
hasta que por fin llegaron
donde Juan tendido estaba,
dos personas: Manolillo,
y Don Pablo de Villalta.
Juan,—dijo Manuel:—¡Juanito!
¡Por vida de Dios, levanta!...
Y Juan abriendo los ojos,
solo dijo—¡Dadme agua!—
Pero Juan; —dijo don Pablo—
qué te ha sucedido, ¡cáscaras!...
que todavía temblando
está tu mano, y helada?

¡Ay! replicó... que no oyeron
ustedes las carcajadas,
y los silbidos, y los...
¡Calla!—dijo Manuel—calla;
¡que allí nos hemos estado
en esa vecina casa
viendo todas tus figuras
y aspavientos! ¡Calla, maula!
este chasco es, caro amigo...
para probarte que es nada
tu miedo; y que es también
tradición errónea y falsa,
la que nos han transmitido
sobre la tal ceguanaba.

V

Lector mío; si en León,
en un hotel o posada
con el criado o criada
entablas conversación,
(Te lo aseguro por cierto.)
de lo primero que te hablan,
si contigo charla entablan,
es de aparecido, o muerto.
Y a la redonda una legua,
(No es preciso que la midas.)
al primero que le pidas
que cuente algo de la cegua,

te dirá que es monstruo horrendo;
que al mortal anda espantando;
que por andar, va volando,
mil silbidos repitiendo.

VI

Después que os he dado tregua
para que penséis en calma,
creo, lectores de mi alma,
que ya conocéis la cegua.

VII

¿Véis esa vieja rechoncha,
con su enagua y su «güipil»,
que parece, ¡voto a mil!
toda su cara una roncha?...
¿Caracol fuera de concha,
en su pié, negro zapato;
y que hace pasar mal rato
por su hija al pobre marido?...
Pues esa, lector querido,
es de la cegua el retrato.
¿Véis a don Antón? Pues bien:
siempre anda vistiendo luto;
padeciendo de escorbuto,
y con un cierto desdén.

Amigo de fray Andén,
rezador de lo divino,
y que pasa por Quirino
un día en el templo hincado?
Pues ese, lector amado,
es la cegua en masculino.

El petulante de Andrés,
mal educado, importuno,
que dice uno, y uno, y uno,
por no decir claro, tres;
peinándose... ¡Si lo ves!...
Dándose olor, no da tregua;
y trasciende a media legua:
con un aire mujeril!...
No le dicen, ¡por San Gil!
ceguo a éste, por ser cegua.

Pasea usted diligente,
y le silban a su espalda:
¿Y quién es?... Pues es Ripalda
que de usted ríe insolente.
Luego, el estudiante Cleto,
le pega a usted un porrazo...
¡Oh! ¡Me has pegado, bribón!
¡Señor; fué una contingencia!
Y en esos dos, su excelencia,
¿dos ceguas no ve en cuestión?

En fin; en todo mortal,
algo de cegua se encuentra:
en el que va, y el que entra
en este mundo ideal.
De todo ser terrenal,
aun del que os sea más grato,
esperar siempre un mal rato;
que hallarés fotografiado
en uno o en otro lado
de la cegua el fiel retrato.

LA CARIDAD

(Composición leída en la velada dada en León a beneficio del Hospicio de Huérfanas, el día 18 de Abril de 1882...)

I

¡Dicha!... ¡Virtud!... ¡Imposible!
El mundo sólo es miseria;
un abismo incomprensible,
do en avalancha terrible,
nos arrastra la materia.

Aquí entre aplausos, caminan
el miserable, el perverso...
y en hospitales se hacinan
sabios que oyen que rechinan
los ejes del Universo.

Y gime el poeta, lleno
de amargura y de ilusión,
mientras mira que con cieño,
el hombre apaga sin freno,
la luz de su corazón.

Y en sus cantares profundos,
y con su voz plañidera,
da tantos ecos fecundos,
como miriadas de mundos
van girando por la esfera.

Con la frente descubierta.
los genios por allá van,..
Con su esperanza ya muerta,
pidiendo de puerta en puerta
pequeñas migas de pan.

Y enmedio de sus afanes,
oyen un rumor que zumba;
sus cerebros, son ¡volcanes!
Miran al cielo ¡Huracanes!
Miran a la tierra: ¡Tumba!

La muchedumbre embriagada
con el vapor de la orgía,
va y les da una bofetada:
y se oye una carcajada,
y un estertor de agonía.

Y el genio expira; y festines
se oyen, locos, atronantes;
y de la fiesta a los fines,
lamiendo están los mastines,
el rostro de los gigantes.

¡Imposible, sí; imposible!
El mundo, sólo es miseria...
Un abismo incomprensible,
do en avalancha terrible,
nos arrastra la materia.

II

Así me decía yo,
sombrío, meditabundo,
como uno que no llegó,
pero que sí divisó
las tempestades del mundo.

Pero ráfaga vehemente
de esperanza y de ilusión
vino a iluminar mi mente,
y escribí este canto ardiente,
que dictó mi corazón.

III

En el inmenso caos; en la profunda niebla,
sonó rauda, vibrante, la voz del Creador.
Era la sombra, sólo era la noche densa
y refulgente, vívida, la luz apareció.

Rugió el potente océano con encrespadas olas.
Llenaron los espacios los ecos del turbión:
miró el Eterno el rápido correr de la alta tromba,
y en el profundo abismo, la perla se formó.

Y esa es la ley de vida: entre la espesa selva,
el trino melancólico del tierno ruiseñor:
y en el zarzal do habita la venenosa larva
el pétalo aromado de purpurina flor.

De la montaña altísima sobre la enhiesta cumbre,
corona de diamantes se mira relucir:
peñón inconmovible que azotan los relámpagos,
bajo sus plantas tiene el oro y el zafir.

Y entre el abismo inmenso de amargas pesadumbres
que dentro el pecho lleva la pobre humanidad,
en medio del tormento fatal de su miseria,
esparce su divino fulgor la caridad.

IV

Y es verdad que en la tormenta
terrible de la desgracia,
ella luce y nos alienta,
y los dolores ahuyenta,
con celestial eficacia.

Sí; la virtud, es posible:
el mundo, es felicidad,
si calma el pesar terrible
de Dios la mano invisible...
¡La sublime Caridad!

LA PROFECÍA DE HORACIO

Al amigo Dr. D. Jerónimo Ramírez

Para evitar un desastre,
estos versos no publico;
pero a usted se los dedico
por consejo de mi sastre.

I

Queridísimo Doctor:
escuche usted un momento,
que voy a contarle un cuento
para pedirle un favor.

Reinando el soberbio Augusto,
allá en la tierra de Lacio,
junto a sí tenía a Horacio
a quién daba todo gusto.

Y cuenta una rara historia
unas preciosas escenas
que hubo entre Horacio y Mecenas
y que yo sé de memoria.

Póngame usted atención,
que esto es muy interesante:
con que vamos adelante,
que empieza mi narración.

II

Por ciertas habladurías
que le contaron a Augusto,
tuvo éste un serio disgusto
con Horacio y sus poesías.

Y mandó a recoger todas
las obras del pobre Horacio,
y lo echó de su palacio
con sus epístolas y odas.

Horacio, un tanto apenado
fué a la casa de Mecenas,
y recibió a manos llenas
favores del potentado.

A millares los extercios
recién hechos en los cuños;
las ricas joyas por puños,
y las clámides por tercios.

Tanto, que Horacio en muy buenas
odas y epístolas largas,
dándole versos por cargas,
inmortalizó a Mecenas.

III

Pues bien; ya de alguna edad
el gran poeta latino,
de su hacienda en el camino,
le atacó una enfermedad.

Y aunque médicos magníficos
siguiendo su propedéutica
estudiaron terapéutica
y aplicaron específicos.

De gran confusión enmedio,
dijeron echando un taco:
«El amigo Horacio Flaco,
se nos muere sin remedio».

Y la enfermedad aprieta;
y de tal guisa apretó,
que a poco rato llegó
la agonía del poeta.

Mas cuando el vate latino
vió que se iba a morir,
reclamó para escribir,
un trozo de pergamino.

Escribió algo... y mandó
que en un cajón de granito
enterraran lo ya escrito,
y lo escrito se enterró.

Pasaron siglos; y Roma,
la Roma de los patricios
sucumbió, pues de los vicios
la minaba la carcoma.

Pero hace muy pocos meses
que en las romanas regiones,
en unas excavaciones.
unos obreros franceses...

Hallaron en una caja
de granito, un pergamino
del viejo tiempo latino,
que es para el museo alhaja.

Renán, a fuerza de afán,
tradujo el escrito aquel:
y he aquí una copia fiel
de lo que sacó Renán.

IV

LA PROFECÍA DE HORACIO.
Día de los otoñales:
Principio de Lupercales...
Tierra, la tierra de Lacio...

Yo; el poeta Horacio Flaco,
por los dioses protegido;
que respetuoso he sido
con Jove, Venus y Baco.

Yo; ya del sepulcro enfrente,
por médicos desahuciado,
y por Apolo inspirado,
profetizo lo siguiente:

—Vendrán, dicen los profetas,
en tiempos que están muy largos...
vendrán días muy amargos
para todos los poetas.

Y en una tierra que está
perdida aún en el agua,
en tierras de Nicaragua,
un poeta nacerá...

Y parirá con dolor
versos; y será no obstante,
a PARTE POST y a PARTE ANTE
pelado, mi buen señor.

Y un día se llegará
en que moleste a un doctor,
y le pedirá un favor,
y no se lo negará.

El poeta en sus apuros,
y en días del mes de Enero,
al doctor que me refiero,
le pedirá «Veinte duros».

Y el susodicho doctor,
esa corta cantidad.
se la mandará en verdad
con el mismo portador.

Y este hecho se escribirá
en letras de gratitud,
que ni del tiempo el alud,
con su curso borrará...

Aquí acabó. Y con razón,
ese escrito al encontrar,
se lo envío hoy a mostrar
porque me dé su opinión...

AL ATENEO DE LEÓN

En el día de su inauguración

I

Día feliz!... ¡cuál se siente
el corazón palpitar,
hoy que se mira brillar
tu sol puro y esplendente!
¡cómo se encumbra mi mente!...
¡cuál se enciende mi deseo!...
¡hora en que radiantes veo,
revestidas de hermosura,
de Juvenal la figura
la sombra de Galileo!...

Miro entre luces brillantes,
lleno de entusiasmo y gozo,
el aspecto majestuoso
del gran Miguel de Cervantes;
bajo un solio de diamantes
a Guttenberg grave miro,
y en vago éxtasis admiro
de Virgilio el blando acento,
tan tierno como un lamento...
¡tan flébil como un suspiro!

A Milton veo entre alados
querubines confundido,
con su «Paraíso perdido»,
y con sus ojos cerrados;
sobre un trono reclinados
a dos genios miro yo:
Voltaire, aquel que imperó
con su idea efervescente,
y la figura imponente
del inmortal Mirabeau.

Sucre, Ricaurte, Colón,
con indecible alegría,

ellos vienen este día
y están en este salón...
¿No los véis?—¡Al corazón
llevad, llevad vuestra mano,
que su poder soberano
os mostrará claramente
latidos de un continente,
palabras de un ciudadano!

Y aquestas bellas ondinas
que hoy celebran nuestra fiesta,
que a los sones de la orquesta
nos dan sonrisas divinas,
que de rojas clavellinas
traen sus sienes coronadas,
que vienen como las hadas
envueltas en blanco tul,
que miran un cielo azul
qne les sonríe, y no lloran,
y que encantan y enamoran
cual las silfas de Stambul...

También hoy con embeleso
levantan sus castas frentes

y entonan himnos fervientes
al arcángel del Progreso;
el aura en su dulce beso
con timidez las halaga
mientras una bella Maga
inspiración hoy me ofrece,
¡y de gozo se estremece
la patria de Larrinaga!

¿Y por qué?—Porque después
de tantos años de duelo
se mira el azul del cielo
de blanca bruma al través;
con celestial altivez
trae la civilización
en sus manos el pendón
de la *Libertad* fecunda,
y de dulce paz inunda
el humano corazón...

¡De la Libertad! ¡la Diosa
que ofrece miel y no acíbar,

hada que arrulló a Bolívar
en una cuna de rosa!
¡la Libertad que afanosa
águila que hiende el viento,
se pierde en el firmamento
radiante de las ideas,
y sus alas giganteas
dan al corazón aliento!

¡La Libertad!... mas ¿qué suena
triste entre tanta ventura,
y qué de horrible amargura
hoy el corazón nos llena?
Son la Alsacia y la Lorena
que laméntanse apenadas,
porque, ovejas desgraciadas,
fueron víctimas de un robo,
y ahora les clava el lobo
sus uñas envenenadas...

Es también que, embravecida,
llena de santo furor,

pide venganza al Creador
Polonia la desvalida;
virgen bella sumergida
de amargura en un torrente,
que lleva ahora doliente
su corona blanca, sucia,
porque la bota de Rusia
oprime su casta frente!...

Es que Cuba lleva espinas
en la sien que le maltratan,
que sus libertades matan,
sus libertades divinas;
es que las ondas marinas
al consolar sus dolores,
le murmuran entre amores
con su callada armonía,
que habrá de llegar un día
en que caerán sus señores...

Que entonces en sus hogares
habrá paz y habrá ventura,

y será menos oscura
la neblina de sus mares;
que placenteros cantares
sus bardos le ofrecerán,
porque ya dadas estan
esas leyes que contienen,
Libertad y Luz que vienen,
y tinieblas que se van.

Sí; la ignorancia maldita
en forma de hidra se escapa,
bajo asquerosa solapa
a guerra y discordia incita;
ladra, vocifera y grita
y hace brotar del abismo
al cuervo del Fanatismo
que por su pico enlodado
arroja crimen, pecado,
y tremendo oscurantismo!

Mas, presto, presto se funden
con el fuego de la Idea

y en oleada gigantea
entre los abismos se hunden;
luchan, braman, se confunden,
se agitan en su elemento,
y siempre, a cada momento,
miran que les amenaza
y que les quema y abrasa
la llama del pensamiento!

Por todas partes fecundo
brota el progreso fulgente,
tanto en aquel continente
como en este Nuevo-Mundo;
ya de la ciencia el profundo
y desconocido arcano
se abre y da paso a la mano
de un genio de bendición
que brinda celeste don
a todo el genero humano!

II

¡Reir!... ¡llorar!... eso quiere
mi lira, eso le complace,
con una aurora que nace,
con una tarde que muere!
¡Reir!... riendo profiere
armonías y rumores.
¡llorar!... no extrañéis, señores,
que hay lágrimas de alegría,
como las que vierte el día
sobre el cáliz de las flores!

Como brilla el arroyuelo
entre el agua que derrama
sobre la alfombra de grama
que en su cauce borda el suelo;
bañada en rayos del cielo,

la canción va entre las flores
con besos y con rumores,
y entre mil variados giros,
se enlaza con los suspiros,
trina con los ruiseñores.

Hoy me dice el corazón
con una voz que me encanta:
hijo de esta tierra, canta
al *Ateneo* de León.
Y entonando una canción
al cielo elevo las manos,
¿serán mis esfuerzos vanos?
Sólo pido paz y amor
y para todos favor,
pues todos son mis hermanos!

Guardo, pues, mi lira ahora
hasta que vuelva a cantar
el hermoso luminar
de otra rutilante aurora.

A mi alma joven, cantora,
consume ardiente deseo
de ver siempre lo que hoy veo;
¡rasgando la niebla oscura,
de Juvenal la figura
la sombra de Galileo!...

HIMNO DE GUERRA

CORO

Ruda suene la trompa guerrera;
cada libre que sea un león:
¡Nicaragua señala altanera
ese blanco y azul pabellón!

CORO DE GUERREROS

Somos fuertes; la espada desnuda
blandiremos allá en la batalla,
al rugir de espantosa metralla...
¡Ciudadanos! El arma empuñad;
que nos miren ganar en la lucha
el brillante laurel de victoria,
o encontrar en la muerte la gloria
y gritar al morir ¡libertad!
Ruda, etc.

CORO DE DONCELLAS

Mil guirnaldas harán nuestras manos
para verlas lucir en las frentes
de aguerridos patriotas valientes,
que sabrán, con denuedo y ardor,
levantar nuestro altivo estandarte
exclamando con eco profundo:
¡Viva el pueblo más libre del mundo!
¡Guerra a muerte al tirano invasor!
Ruda etc.

CORO DE ANCIANOS

No dejéis que la patria que os dimos
Sufra ahora despótico ultraje;
encendeos en santo coraje
cuando se oiga el redoble marcial;
nuestras viejas espaldas os damos;
¡Id corriendo! El clarín ya se escucha:
¡Dios bendiga al al que vaya a lucha!
¡Que el cobarde será criminal!
Ruda etc.

CORO DE NIÑOS

Enseñadnos a ser valerosos;
Enseñadnos a amar nuestro suelo:
Nuestras preces levantan el vuelo
de infinitos deseos en pos:
Elevemos al cielo plegarias
por los que hoy camináis a la guerra:
Dios ahora se fija en la tierra
y la patria es hechura de Dios.

Ruda etc.

EL POETA

Montañeses; dejad la labranza:
Artesanos; ¿seréis prole sierva?
Juventud; hoy dejad a Minerva
que ya Jano sus templos abrió;
entonad himno heroico en la lucha
y venced en espléndida hazaña;
y si cantos queréis en campaña
con vosotros también iré yo.

CORO

Ruda suena la trompa guerrera;
cada libre que sea un león:
¡Nicaragua señala altanera
ese blanco y azul pabellón!

Diario del Comercio: San Salvador, 20 de marzo de 1885.

EL ORGANILLO

I

Cinco tierras que no nombro,
en tiempo no muy lejano,
vieron pasar un anciano
con un organillo al hombro;
y eran las cinco naciones
pobres, flacas, incipientes,
bajo de ellas, las serpientes,
y por encima, los leones.

Hermanas y desunidas,
escarnio eran de los fuertes,
que jugaban con sus vidas
y reían de sus suertes.
A cada pobre nación,
sin sangre, nervios ni brillo,
el viejo del organillo
le tocaba una canción.

Y es canción que en otra tierra,
según como era el compás,
sonó como himno de paz,
o como canto de guerra.
Y decía la canción
que alegres y entusiasmados
alzaron los cinco estados
la bandera de la Unión.

El pobre viejo hizo poco,
pues alzando su organillo,
unos le llamaron pillo
y otros le creyeron loco.
Busca y pide; la doblez
recoge por lo que quiere:
al fin Máximo Jerez
deja el organillo y muere.

II

Para proseguir la Unión
¿Habrá quien siga su huella?
¿Habrá quien guíe la estrella
sagrada del corazón?

Sí, otro anciano marcha ahora
con el organillo; ha de ir
camino del porvenir
por la calle de la aurora.

Y el viejo y pobre instrumento
de la canción de la Unión
ha de poner su canción
sobre las alas del viento.

Y entonces las pobres tierras
exhaustas y divididas,
podrán mantenerse unidas,
sin discordias, y sin guerras.

Separatistas: ufana,
la risa podéis soltar...
Mas sabed: aquel cantar
será el verbo de mañana.

Y el organillo maltrecho
del anciano soñador
hará luz con su clamor
porqué es la luz del derecho.

Tiemble la pasión aviesa
cuando en el día que viene,
el santo organillo suene
su grandiosa Marsellesa.

BRINDIS

I

Al señor Ministro Lainfesta.

Por huesped y campeón
Del bien centro-americano,
por el que trae en la mano
la bandera de la Unión.

Por el que hecha rosas de oro
cuando dice su palabra;
por tí, Galindo, que labras
tu pensamiento sonoro.

Por el soberbio clarín
que toque la primer diana
de Unión centro-americana
del uno al otro confin.

Por los que vamos en pos
de ideales bendecidos;
por los que estamos unidos
por la voluntad de Dios.

II

Al Dr. D. Rafael Zaldívar.

Hoy, dominando mi ser,
están dentro de mí mismo
la justicia, el patriotismo,
la gratitud y el deber.

Justicia me impulsa a hablar:
jamas adulé a ninguno,
lo que es suyo a cada uno
siempre se le debe dar.

Y es la alabanza propicia
para aquellos gobernantes
que unen con lazos brillantes
a dos naciones: Justicia.

Patriotismo, porque al ver
que hoy el progreso afianzáis
de dos pueblos y que estáis
dando bien con el poder.

Oigo dentro de mí mismo
una voz que dice: Canta,
y por eso se levanta
mi palabra: Patriotismo.

Gratitud, porque el calor
que ella en mi pecho ha infundido,
lo guarda para el cumplido
Gobierno del Salvador.

Y bien pulso mi laúd,
cuando ardientes, conmovidos,
nos sentimos poseídos,
de una noble gratitud.

Y deber, porque el que piense
que hoy cariñoso y risueño,
abraza al salvadoreño,
su hermano el nicaragüense,

y que este abrazo ha de ser
unión y fraternidad,
paz, progreso y libertad,
¡debe cantar por deber!

Así, pues, brindo señores,
porque este abrazo sincero,
sea un vínculo de acero,
al par que un lazo de flores.

Doctor Zaldívar, tendida
está ahora al viento rudo,
nuestra bandera querida:
Nicaragua os da un saludo
y yo os doy la bienvenida.

Doctor Cárdenas: a Vos
os doy mi aplauso: veraz,
hoy el iris de la paz
os corona ambos a dos.

Señores: hoy esta aurora
presagia bienes eternos;
brindemos por dos gobiernos
que son dos pueblos ahora.

AL OBRERO

Canto al obrero; su afán
y su brazo y su tesoro;
trabajando gana el oro,
el oro, padre del pan.

Canto al que es al deber fiel,
del mundo ante el crudo soplo,
con su azuela, con su escoplo,
con su lima y su cincel.

A quien es en su labor,
donde el pensamiento espacia,
de la augusta aristocracia
del deber y del honor.

Mujer y hombre ambos a dos
hacen que el trabajo irradie,
ellos cumplen como nadie
los mandamientos de Dios.

Diadema resplandeciente,
que debe ser bendecida
la del que gana su vida
con el sudor de su frente

Y hace el buen trabajador,
que donde va dicha deja,
sus mieles como la abeja,
su casa como el castor.

El brazo es del corazón
el poderoso instrumento;
y es trabajo el pensamiento
y es trabajo la oración.

Dios que hizo todas las cosas,
es un gran trabajador:
es el divino pintor
que pintó todas las rosas.

Y juntando su poder
una estatua y una estrella,
hizo la cosa más bella
de este mundo: la mujer.

Diera Dios por tal trabajo
todo lo que se conciba,
las estrellas de allá arriba
y las flores de aquí abajo.

En dos cosas que yo anhelo
la felicidad se encierra:
trabajar aquí en la tierra
y adorar allá en el cielo.

Concluyo. Tened valor,
que os habla el vate que os deja:
Obrera, imita a la oveja;
Obrero, imita al castor.

CANCIÓN PATRIÓTICA

En la inauguración de la escuela de adultos de San Sebastián.

El ángel de la poesía
me brinde hoy inspiración;
dé vigor a mi canción,
y acentos al arpa mía.
Ella llene de alegría,
y aliente a los que aquí están,
y dediquen con afán,
con patriótico embeleso,
un hurra para el progreso,
y un aplauso a Montalván...

Pues ya el pobre labrador,
que allá en los campos habita
recibe la luz bendita
de un sol regenerador.

El saber fecundador,
derrama aquí luces bellas,
que conviértense en estrellas
que con resplandor divino,
dejan luz en su camino,
y claridad en sus huellas.

La hidra feroz de la guerra,
no mora ya en Nicaragua;
y el martillo de la fragua
se escucha aquí en esta tierra:
rasga rauda, ruda sierra
los robles de las montañas,
y el almíbar de sus cañas,
por la industria es extraído,
y la luz se ha difundido
hasta en las pobres cabañas.

Mas ya a la débil voz mía,
la sofoca la emoción...
Se eleva mi corazón
en alas de la poesía...

Ella llene de alegría
y aliente a los que aquí están,
y repitan con afán,
con patriótico embeleso,
hurras mil para el Progreso,
y aplausos a Montalván.

LA CALUMNIA

Puede una gota de lodo
sobre un diamante caer;
puede también de este modo
su fulgor obscurecer;
pero aunque el diamante todo
se encuentre de fango lleno,
el valor que lo hace bueno
no perderá ni un instante
y ha de ser siempre diamante
por más que lo manche el cieno».

BAJO EL RETRATO DE ESPRONCEDA

El mundo en sus ejes rueda
en continuo movimiento
sobre el humano cimiento...
Así rueda el pensamiento
de Don José de Espronceda.

A VICTOR HUGO

Deja que admire, oh, Genio sin segundo,
un triste trovador del nuevo mundo
tu gloria sin igual. Deja te envíe
las humildes canciones
que te brindo yo acá, en estas regiones.

Yo siento ahora que en mi ser se agita
grandiosa inspiración, cual fuego hirviente
que se revuelve en el profundo seno
de combusto volcán y rudamente
a las rocas conmueve. Se levanta
y se eleva mi ardiente fantasía
en alas de lo ideal, y mi voz canta.

Salud, genio inmortal, salud, profeta,
a cuya voz sonora y prepotente
tiemblan los opresores en sus tronos.
La Libertad como radiosa llama
reverbera en tu mente
o con su ardor tu corazón inflama.

Como alto monte que levanta airoso
su melena de robles hasta el cielo,
y se estrellan en él los huracanes
con horrísono estruendo, sin que puedan
conmoverlo siquiera; así tu genio
se ostenta altivo en la extensión del suelo.
Tus glorias inmortales
desafían mundanos vendavales.

De tu palabra al eco, ¡gran misterio!
cual de la antigua Jericó los muros
se desplomaron con horror profundo
al son aterrador de los clarines,
cayéronse los solios del imperio,
y tremenda memoria,
ante la faz del Universo entero,
de ellos conserva el libro de la Historia.

Cuando pulsas tu lira, y brindas suaves
canciones a las brisas pasajeras,
y a las pintadas aves,
que cantan sus amores
cuando amanece el día,
en medio de las fértiles praderas;
aquellas sus rumores
te ofrecen blandamente;
éstas te dan su dulce melodía,
y toda la natura
al escucharte de placer murmura...
y mil querubes, con doradas arpas
de mundo en mundo pasan repitiendo
que serás inmortal. Venus sonríe
si oye entre el aura el eco de tu plecto,
y Júpiter Tonante
que manda el aquilón, domeña el rayo
que a su voz el Olimpo temblar hace
y que se ostenta, con su manto de éter,
en un tono flamígero y radiante;
y Apolo el soñador, a Erato dice:
que en los ojos te bese,
y a Thalía y sus siete compañeras
que corten lirios y laurel y mirto
en el divino, encantador Parnaso,
y coronen tu frente y siembren rosas
donde pongas tu planta...
Y un coro sin igual mil himnos canta.

Saludas a Leucipo y a Descartes
con la sien coronada de laureles;
Y el genio de las artes
con su voz misteriosa
anuncia que sonríen en su fosa,
los manes de Menandro y Praxiteles.

«El Progreso sin fin» ese es tu lema
y la insignia que lleva tu bandera...
«El Progreso sin fin», ¿qué significa
tal palabra? Pues bien: es Jesucristo
predicando igualdad y unión al pueblo,
y muriendo en su cruz: es Galileo
ceñido de su fúlgida diadema
que exclama: E PUR SI MOUVE, aún a despecho
del Fanatismo cruel: es el deseo
del genovés intrépido que un día
en éxtasis profundo
a la Iberia potente dióle un mundo.
Es Franklin con el rayo entre las manos,
con la frente rodeada de centellas;
es Fulton que los mares
cruza atrevido del vapor en alas:
Es en fin, el gigante
el sublime Lesseps, que con arrojo,
como al Moisés antiguo,
tendió su mano a la ola del Mar Rojo;
y la ola en grato exceso,

llegándose a la playa blandamente,
en señal de homenaje le dió un beso;
después con raudo giro,
revolviendo su líquido azulado,
que ostenta perlas, perlas a millares,
rasgando con pujanza el térreo Itsmo,
gritó con voz de trueno,
que se escuchó desde el confín heleno,
hasta la ardiente zona de los trópicos:
«Te reconozco, arcángel del Progreso».
.....
También la libertad es tu divisa,
y trabajas, y luchas, fuerte y bravo
porque no haya en el mundo un solo esclavo,
y Hoffer te saluda, y Tell, Bolívar,
el coloso del Ande,
el sublime, y el grande;
libertad, libertad, cuando te nombro
siento en mi pecho una emoción profunda:
todo mi ser se inunda
de divina poesía,
y palpita de gozo el alma mía.

Ay, pero ya a mi lira falta aliento
para seguir cantando,
y en las hondas del viento
suspiros mis acentos van dejando.

Salud, genio inmortal, salud profeta,
a cuya voz sonora y prepotente
tiemblan los opresores en sus tronos.
La gran idea de tu justa fama
reverbera en mi mente,
y con su ardor mi corazón inflama...

LA LEY ESCRITA

A J. Dolores Espinosa.

El sol bañaba con sus rayos de oro
del Sinaí las extendidas faldas.
y el pueblo de Israel vagaba inquieto!...
En redor del gran monte,
mirando al horizonte,
nubes encapotadas
llenando de pavor aparecían,
y negras, oscilando, se medían
con extraña violencia,
cual las sombras del crimen que obscurecen
a la humana conciencia.

¡De pronto, perdió el sol su luz brillante!
La tierra estremecióse en sus cimientos,
y apareció fantástica y flotante,
una nube de fuego allá distante;
la inmensidad del éter raúda cruza,
y avanza por momentos...
¡Ya llega!... ¡Ya llegó! Sobre la cima
del cono inmenso del volcán extiende
su flamígero manto; un torbellino
parece que revuelve y que arrebata
las entrañas del mundo;
¡un suspiro profundo
exhala la materia al choque rudo
del rayo calcinante
que cae desprendido
del pedestal eterno que sostiene
el trono del señor!... El Orbe herido,
prorrumpe en gritos de dolor; sacude
sus crines de montañas;
se levantan rugientes a millares
las trombas gigantescas
que se elevan al cielo en raudo giro,
desde el cóncavo seno de los mares.
Nubes encubren la feraz colina;
al Sinaí, relámpagos revisten,
pues la ciencia divina,
ha colocado en él, su regio asiento.

De entre la muchedumbre
que absorta escucha el retumbar del trueno,
sale un hombre sereno,
que avanza y sube por las rocas duras
del ígneo monte: su mirar revela
que el aliento divino
le alumbra y guía siempre en su camino,
y se mira en su frente
como a través de límpidos cristales,
un algo de los seres celestiales.

Subió al volcán: el trueno pavoroso,
redobló con furor su rudo acento:
cayó a tierra la inmensa muchedumbre,
el rayo trazó signos en la niebla,
hipérboles de llamas,
y desbocóse en el inmenso espacio
el fogoso corcel del raudo viento.
¡Entonces, un eco de pujanza lleno,
dejó escuchar su acento sobrehumano!...
Enorme, más que el retumbante trueno:
Inmenso, más que el bramador océano.
Naturaleza, en vano se agitaba;
en vano sin cesar se retorcía;
la voz de Dios sobre su ser rodaba,
y su cuello gigante comprimía.
«¡Amad a vuestro Dios!» dijo el acento
de la voz del Señor. «¡Su nombre santo,

no lo toméis como testigo impío!»
¡El día de descanso,
santificadle; que ese día es mío!
Honrad a vuestros padres,
y con mano homicida,
a nadie, a nadie arrebatéis la vida!
¡Jamás adulteréis, que maldiciones
sobre vosotros, verterá mi trono!
El ajeno derecho,
nunca propio lo hagáis, que os abandono.
¡Jamás de la calumnia el cieno inmundo
toquéis; porque corrompe el alma vuestra,
y sentirá sobre su espalda el mundo,
el peso de mi diestra!
Nunca ansiosos de la mujer estéis
que tiene vuestro hermano,
porque caerá también sobre vosotros,
mi fallo soberano...
Ni tampoco ansieis fortuna ajena,
que será entonces eterna vuestra pena»;
dijo el Señor... y el eco retumbante
de su gigante voz callóse luego,
y en su carro de fuego
al elevarse hasta el cenit brillante,
derramó por doquiera
una lluvia de oro y de diamante,
que iluminó los mundos de la esfera.

. . . . . .

. . . . . .

¡Calmó el océano sus terribles trombas,
y volvió a aparecer la luz del día...

¡Callaron su bramar los huracanes!...
Cesó el latir del corazón del mundo,
y apagóse el clamor seco y profundo,
y el confuso rugir de los volcanes.

.....

Bajó Moisés de la gigante mole
circundada su sien de luz bendita,
y al pueblo en una piedra presentóle
una ley inmortal: «LA LEY ESCRITA».

1881-1885

FIN

INDICE

	Páginas
El libro	7
La luz	51
Ecce-Homo	61
Espíritu	75
Máximo Jerez	81
Unión Centro-Americana	89
El poeta	101
La obra del oleaje	111
A los liberales	113
¿Quién vencerá?	117
A la razón	119
Soneto cívico	121
El jesuíta,	123
La Cegua	125
La caricad	145
La Profecía de Horacio	153
El Ateneo de León	163
El himno de guerra	175
El organillo	179
Brindis I II	183
El obrero	189
Canción patriótica	193
La calumnia	197
Bajo el retrato de Espronceda	199
A Víctor Hugo	201
La Ley escrita	207
Índice.	
Obras.	

RUBEN DARÍO

OBRAS COMPLETAS

PUBLICADAS:

I.—Poemas de Adolescencia.
II.—Poemas de juventud.

EN PRENSA:

III.—Primeros cuentos.

OBRAS COMPLETAS

DE

RUBÉN DARÍO

PUBLICADAS:

I.—POEMAS DE ADOLESCENCIA.

II.—POEMAS DE JUVENTUD.

EN PRENSA:

III.—PRIMEROS CUENTOS.
IV.—PÁGINAS DE ARTE.
V.—EL SALMO DE LA PLUMA.
VI.—IMPRESIONES Y SENSACIONES.
VII.—POEMAS EN PROSA.
VIII.—EPÍSTOLAS Y POEMAS.
IX.—CRÓNICAS LITERARIAS.
X.—CRÍTICAS.
XI.—A. DE GILBERT.
XII.—RIMAS Y ABROJOS.
XIII.—CRÓNICAS POLÍTICAS.
XIV.—CANTOS ÉPICOS A LAS GLORIAS DE CHILE Y OTROS POEMAS.
XV.—EL CASTELLANO DE VÍCTOR HUGO.
XVI.—FILMS DE VIAJE.
XVII.—ORO DE MALLORCA.
XVIII.—EN LA ISLA DE ORO.
XIX.—EL HOMBRE DE ORO.
XX.—SOBRE LA PAZ Y LA GUERRA.
XXI.—HISTORIA NEGRA DE LOS EZETAS.
XXII.—FÁBULAS Y LEYENDAS.
XXIII.—EPISTOLARIO (Varios volúmenes).

OBRAS PUBLICADAS

La caravana pasa.
Prosas profanas.
Tierras solares.
Azul.
Parisiana.
Los raros.
Cantos de vida y esperanza.
Letras.
Canto a la Argentina.
Opiniones.
Poemas de otoño y otros poemas.
Peregrinaciones.
Prosas políticas.
Cuentos y crónicas.
Autobiografía.
El canto errante.
Viaje a Nicaragua e historia de mis libros.
Todo al vuelo.
España contemporánea.
Prosas dispersas.
Lira póstuma.
Cabezas.
Alfonso XIII.
El mundo de los sueños.
Baladas y canciones.

De venta en todas las buenas librerías de América y España.

EXCLUSIVA: Librería RENACIMIENTO
Preciados, 46.—MADRID

RUBEN DARIO

Suscripción a sus OBRAS COMPLETAS

La BIBLIOTECA RUBÉN DARÍO pone en venta colecciones completas de las obras del gran lírico, cuidadosamente encuadernadas en pergamino y en piel valenciana e impresas en tipos seleccionados.

Se atienden, desde ahora, pedidos de suscripción. Dirigirse a la *BIBLIOTECA RUBÉN DARÍO, Villarejo del Valle (Ávila), España.*

CONDICIONES

Los suscriptores, tanto de España como de América, recibirán los libros libres de todo gasto.

Precio por volumen: Encuadernación en pergamino o piel valenciana, papel de hilo: España, DIEZ pesetas; América, DOS pesos oro.

Encuadernación en tela, papel de hilo: España, SEIS pesetas; América, UN peso oro.

Pago adelantado, en giros bancarios o de Correos, a nombre de la BIBLIOTECA RUBÉN DARÍO.

Los suscriptores a estas Obras Completas podrán adquirir, por mediación de la BIBLIOTECA RUBÉN DARÍO, otra clase de libros, que se anunciarán oportunamente, tanto literarios como científicos, sin recargo ninguno, siendo por nuestra cuenta los gastos de embalaje y remisión.

La librería *Renacimiento*, de Madrid, calle de Preciados, 46, vendedora exclusiva de las obras en rústica de la BIBLIOTECA RUBÉN DARÍO, atenderá también pedidos de suscripción a las obras encuadernadas en las mismas condiciones expuestas en este anuncio.

Al terminar la publicación de estas Obras Completas, la BIBLIOTECA RUBÉN DARÍO obsequiará a sus suscriptores con un *Album* que contendrá sus nombres, así como preciosos autógrafos y fotografías del gran escritor que es gloria de América y España.

ALBERTO GHIRALDO

"ANTOLOGÍA AMERICANA"

ÍNDICE DEL VOLUMEN I

Precursores. — *Alberto Ghiraldo;* Prólogo.—*Mariano Moreno;* El plebiscito de Mayo. La misión del Congreso.—*Simón Bolívar;* El discurso de Angostura.—*José de la Luz y Caballero;* Aforismos.—*José de San Martín;* Epistolario I-XIII. Autobiografía.—*José Joaquín Fernández de Lizardi;* Despedida del Pensador. Proclama del Pensador a los habitantes de México. La visita a la Condesa de la Unión. Carta al Pensador. Diálogo.—*Dámaso Antonio Larrañaga;* Oración inaugural de la Biblioteca de Montevideo.—*Camilo Enríquez;* La Camila o la patriota de Sud-América.—*José Camilo Torres;* Representación.—*José Mejía Lequerica;* Libertad de imprenta. La voz de América. De la igualdad representativa.

ÍNDICE DEL VOLUMEN II

Precursores.—*Alberto Ghiraldo;* Prólogo.—*Francisco de Miranda;* La paz europea.—*Bernardino Rivadavia;* La voz de un estadista.—*Félix Varela;* Cómo se introdujo el escolasticismo en América.—*Francisco Javier Espejo;* El nuevo Luciano de Quito.—*Fray Servando Teresa de Mier;* El sermón de Guadalupe. Apología.—*Bernardo Monteagudo;* Oraciones cívicas.—*José Gervasio Artigas;* Revoluciones políticas.—*Manuel Belgrano;* Memorias póstumas.—*Manuel de Salas;* «La Argotina».—*Juan Martínez de Rozas;* Catecismo político cristiano.—*A. J. de Sucre;* Proclamas.—*Antonio Nariño;* Un proceso célebre.—*Cecilio del Valle;* Independencia.—*Simón Rodríguez;* Carta a Bolívar.

Veinte volúmenes en curso de publicación, 4 pesetas volumen.
Edición Renacimiento.

DE ALBERTO GHIRALDO
TEATRO ARGENTINO

Alma gaucha.—Drama en tres actos, 3 pesetas.
Los salvajes.—Drama en tres actos, 3 pesetas.

Pedidos a la librería «Renacimiento».— Preciados, 46, Madrid, y a la «Biblioteca Rubén Darío», Villarejo del Valle (Avila).—España.

DUE DATE

NOV 29 1989

86D248 I24
2

14340445
COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
011434044 5
BUTLER STACKS

OCT 7 R 1924